Un libro que nos desvela mediante el humor
cómo vivimos, cómo pensamos
y lo mal que hacemos casi todo

Cuentos para Ulises

Juan Carlos Ortega

AGUILAR

Cuentos para Ulises

Juan Carlos Ortega

Ilustraciones de Mireya de Sagarra

AGUILAR

Para mi hijo Ulises,
porque no hay nada malo en él.

Y a mis padres, que me regalaron un magnetofón.

Nota para Ulises

Querido Ulises:

Ahora mismo, mientras escribo, tú tienes dos años y medio y eres magnífico. A tu edad actual, es científicamente imposible que estés leyendo esto, pero te harás mayor y lo podrás hacer.

Las personas somos bastante vanidosas. Incluso los que en apariencia son más humildes presumen de no presumir. Yo he escrito este libro para entretenerte cuando crezcas, claro está, pero también con la secreta esperanza de parecer más listo. Las personas somos así y difícilmente podemos evitarlo. Hasta hace muy poco, no obstante, yo quería que me admiraran todos, sin importarme quién lo hiciera. Ahora, sin embargo, sólo me interesa parecerte listo a ti. Y eso, lejos de lo que pueda suponerse, no me convierte en más humilde, sino en muchísimo más ambicioso.

Tu madre y yo hemos trabajado bastante para que este libro exista. Ella haciendo las ilustraciones y yo escribiendo las historias. Por tanto, si cuando lo leas no te gusta nada, no seas demasiado bestia y háznoslo saber con un poco de tacto.

Verás que casi todos los cuentos que te he escrito transcurren en un país lejano. Se trata de una vieja técnica que se inventaron ciertos narradores hace muchísimo tiempo con el fin de situar los hechos en un ambiente remoto e irreal, donde las cosas más disparatadas parecen un poquito más posibles.

Sé que soy algo raro, y tal vez por ello te haya dado la impresión en muchísimas ocasiones de vivir también yo en un país lejano. Pero te aseguro que no es así. Vivo muy cerca de ti. En realidad, vivo exactamente en tus manos, y continuaré viviendo ahí para siempre, aunque yo ya no esté y tú tengas noventa años.

Cuentos para Ulises

El talento

Había una vez, en un país muy lejano, un hombre llamado Ernesto que envidiaba profundamente el talento ajeno.

Durante su juventud deseó escribir, pero nunca se le dio bien. Más tarde quiso dirigir películas, hasta que comprobó que no tenía habilidad para ello. También lo intentó con la pintura, la escultura y la música, y siempre con resultados catastróficos. Simplemente, no estaba dotado para la creación artística.

Su vida era triste y pasaba la mayor parte del tiempo refunfuñando. Le dolía la inventiva de los demás y se esforzaba continuamente por resaltar los errores de los grandes creadores.

—Woody Allen se repite —se le escuchó decir en cierta ocasión en un bar de copas.

Siempre que encontraba un pequeño fallo en una gran obra literaria no podía evitar agrandarlo y señalarlo públicamente.

—*Los hermanos Karamazov* —solía decir— flojea un poco en la página doscientos treinta, y hacía el final del capítulo noveno hay una frase lamentable.

Así era la vida de Ernesto, siempre criticando, siempre agigantando las diminutas imperfecciones que encontraba en la genialidad de los demás.

Una mañana de lunes se levantó muy entusiasmado. Había tenido un sueño magnífico que le había dado una idea estupenda para calmar un poco su profunda envidia.

—¡Ya lo tengo! —gritó desde la cama.

La idea que tuvo era muy simple, pero de una eficacia tremenda. Para amortiguar su envidia decidió recortar todos los momentos flojos de las grandes novelas y unirlos después para leerlos seguidos.

—¡Cómo no se me había ocurrido antes! —exclamó feliz mientras sujetaba unas tijeras con la mano derecha.

Empezó recortando, directamente del libro, las únicas seis líneas flojas que pudo encontrar en *La divina comedia* de Dante. Luego hizo algo similar con varios libros de Chesterton y con todo el teatro de Molière.

Cada día madrugaba para continuar con su delirante propósito: tener unidos en varios volúmenes todos los errores de los genios y así deleitarse contemplándolos.

El suelo de su casa terminó llenándose de papeles recortados. En diez años consiguió su objetivo: construir la Gran Biblioteca de los Errores.

Cientos de volúmenes repletos de frases huecas y de momentos desafortunados adornaban las paredes de su piso.

—La vida es hermosa —dijo con una sonrisa estúpida.

Y sentado en un sofá leía aquellos libros construidos por su resentimiento.

—¡Qué mala es esta frase de Nabokov! ¡Para que luego digan que era un genio! —y se reía.

Años después decidió hacer algo similar con el cine. Gracias a una máquina para editar vídeo, seleccionó los peores momentos de las grandes películas y los unió hasta formar ciento veinte minutos de cine espantoso filmados por los mejores directores del mundo.

Apenas salía de casa. Disfrutaba contemplando aquella galería de errores. Le hacía sentirse mejor, menos tonto.

Murió a los noventa y cuatro años, solo y sin amigos, a causa de un infarto, mientras paseaba por un parque con unos grandes auriculares colocados en las orejas.

Según un testigo anónimo, su última frase fue:

—¡Vaya mierda este re sostenido en la misa en si menor de Bach!

La comunicación

Había una vez, en un país muy lejano, un joven y apuesto matrimonio formado por Ramón y Sofía.

Un sábado por la mañana, mientras paseaban por una de las principales avenidas de su ciudad, la encantadora Sofía de esta manera habló a su marido:

—Ramón, estoy pensando en que mañana podríamos ir a comer a casa de tus padres.

Pero Ramón no escuchó a su esposa, porque el hombre, distraídamente, se había quedado unos pasos atrás, embobado frente al escaparate de una preciosa tienda de bicicletas.

»Y luego —continuó Sofía sin percatarse de que estaba hablando sola— estaría bien que nos pasáramos a hacerle una visita a mi hermana, que hace tiempo que no la vemos.

Prosiguió la buena mujer su camino unos pasos, ignorando que su presunto interlocutor no estaba escuchándola. Algo así nos ha ocurrido a todos alguna vez y no hay que darle demasiada importancia.

»Y si te parece bien, después vamos al cine —propuso Sofía a un marido del que ya la separaban cuatro calles.

Pasaron los minutos y Sofía, caminando distraída, llegó hasta la puerta de su domicilio conyugal.

»¡Qué paseo tan bueno hemos dado, Ramón!

Sacó las llaves, entró en casa y empezó a preparar la comida.

»He pensado, cariño, que podríamos comer de segundo Steak Tartar. Es por la pereza de freír.

Sofía no se extrañó de que su marido permaneciera en silencio, sin intervenir en la charla. En ocasiones Ramón no respondía, y además ella estaba demasiado centrada en sus ocupaciones.

»Y de postre, mandarinas, que sé que te gustan mucho, mi amor.

Mientras tanto, ante el cristal del escaparate de aquella tienda de bicicletas, Ramón se acariciaba un párpado al mismo tiempo que pensaba en lo magnífico que sería comprarse una Orbea amarilla de doce marchas.

—Fíjate, Sofía —dijo nuestro amigo—. Es una bicicleta magnífica. En cuanto nos recuperemos del gasto de la boda, vengo aquí y me la compro.

Y miró ilusionado el cambio de marchas de su futura Orbea.



El tiempo transcurrió y nuestros amigos continuaron hablando solos. Pasó un día entero de esta manera, y luego otro, y después un mes. Y así, hasta cuarenta y ocho años. Sofía y Ramón se hablaban siempre pensando que el otro estaba atentamente escuchando todo lo que decían.

Un mediodía soleado del mes de mayo, la anciana Sofía, sentada en su butaca, propuso lo siguiente:

—Ramón, esta noche sería estupendo que fuéramos al Palacio de la Música. No vamos desde que éramos novios y además hoy toca la Filarmónica de Londres.

Y Ramón, a miles de kilómetros de distancia, tumbado en la cama de una pensión de Montreal, comentó con los ojos entornados:

—¿Sabes qué, Sofía? Lo que más me extraña de todo es que, con lo mucho que nos queremos, no hayamos tenido nunca niños.

La sinceridad

Existió en cierta ocasión un hombre que estaba muy enamorado de su mujer. Llevaba más de treinta años casado y resultaba incluso ridículo lo atento y romántico que era siempre con ella.

Cada mañana le escribía un poema y se lo dejaba casualmente en cualquier rincón de la casa: dentro del microondas, enganchado con un imán en la nevera, debajo de la almohada o incluso colgado del techo por un hilo casi invisible.

A pesar de la costumbre y de la repetición sistemática, a Encarna —así se llamaba ella— le emocionaba muchísimo encontrarlos. Lloraba siempre y abrazaba a su marido con una pasión bastante sincera.

A Germán —así se llamaba él— eso le parecía estupendo, claro está, pero había un problema, algo que le impedía dormir y que le generaba inmensos sentimientos de culpa: los poemas no eran suyos. Los copiaba de los grandes poetas de la literatura universal. Plagiaba, sobre todo, a Pedro Salinas, a Ángel González, a Goytisolo y a Gabriel Celaya.

—Si Encarna se enterara de esto, dejaría de quererme. Sería la mayor decepción de su vida —se decía preocupado cada noche.

Una mañana especialmente fría del mes de febrero Germán no pudo más. Telefoneó a un amigo para decirle que iba a soltarle la verdad a su amada Encarna. Argumentaba que, en realidad, su mujer no podía estar enamorada de él, sino de los poetas que él había plagiado en los últimos años.

—No se te ocurra decirle nada —le recomendó su amigo—. La destrozarías. Es mejor seguir así. Lo hecho hecho está.

Pero Germán no le hizo caso y colgó.

A la mañana siguiente, habiendo tomado ya la decisión de sincerarse, se levantó media hora antes que su esposa. La esperó en la cocina, fumando nervioso, y cuando ella entró para prepararse un café, la miró avergonzadísimo y le dijo:

—Encarna de mi vida, tengo que confesarte algo.

Con la cara aún hinchada por el sueño, ella quiso saber qué pasaba. Y Germán continuó:

»Los poemas que te escribo desde hace treinta años no son míos. Los he copiado de unos libros. Son poesías de gente que sabe expresarse bien. Yo no sé escribir. Soy un fraude, cariño; una estafa. Perdóname.

Encarna estuvo en silencio treinta segundos, respiró profundamente, miró a su marido y le dijo:

—Germán de mi vida, yo también he de confesarte algo. No sé leer.

Otro mundo

Había una vez, en un país muy lejano, una familia de miopes. Miope era el padre, miope la madre y miope la hija.

Nuestros tres amigos vivían en una casa muy humilde. No habían tenido demasiada suerte en los negocios, sobre todo durante el último año, y se vieron obligados a conformarse con lo que pudieron.

Un soleado y alegre día de finales del mes de julio, la hija, una preciosa muchacha de pelo dorado llamada Irene, de esta manera habló a su padre:

—Papá, ¿adónde iremos este año de vacaciones?

El hombre se quiso morir. No tenían dinero para realizar ningún desplazamiento y eso le provocaba una gigantesca tristeza.

—Hija mía, este año no podemos irnos a ningún lugar. Nos quedaremos en casa y procuraremos pasarlo bien.

—Podríamos ir al país borroso —sugirió la niña—. Es gratis ir allí.

Ernesto, que así se llamaba el papá de Irene, miró a su bellísima esposa Isabel y a punto estuvieron los dos de echarse a llorar. No era agradable para ellos que su hija supiera lo económicamente mal que iban las cosas en casa.

—Irene, pequeña mía, insisto: nos quedaremos en casa, pero te aseguro que te lo pasarás muy bien —le dijo su madre intentando simular cierta alegría.

—Y yo repito que podemos ir al país borroso. No se trata de ningún paraíso inventado. Es real y está a nuestro alcance.

Y la rubísima Irene se explicó:

—Veréis: para ir al país borroso solamente tenemos que quitarnos las gafas. De esta manera, pasaremos un mes entero en un lugar distinto a éste.

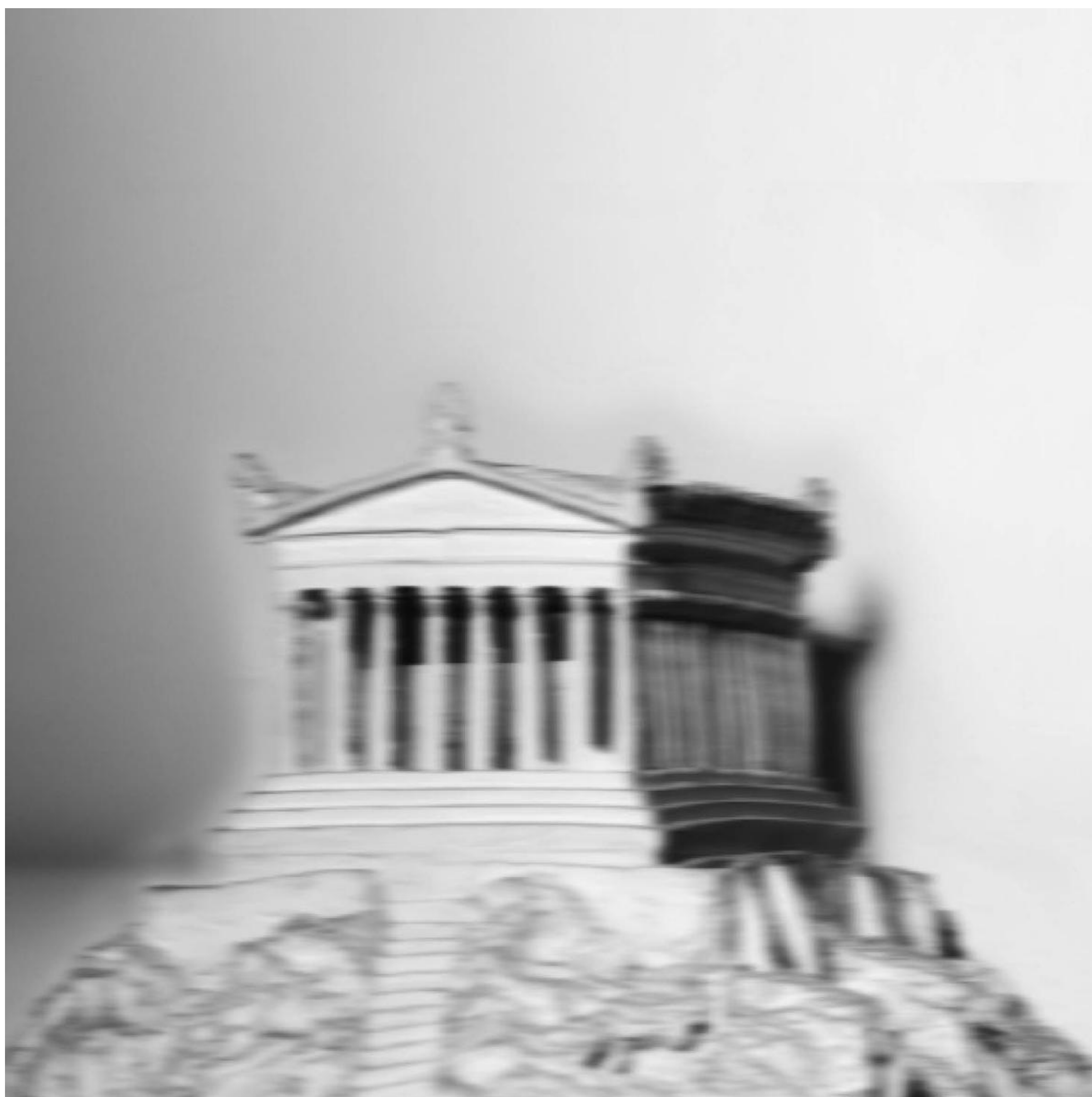
Los progenitores quedaron maravillados de la ocurrencia de la niña.

—¡Venga, papás, gafas fuera!

Y los tres se quitaron las gafas.

Al instante descubrieron un lugar nuevo y magnífico, un país en el que nunca se habían fijado antes.

Durante treinta días la familia de miopes vivió en un paraíso donde las cosas no tenían la rigidez de lo nítido, donde las estrellas no eran puntos exactos, sino preciosas bolas de algodón difuminado, donde los muebles estaban rodeados por una cortina de niebla difusa y las luces de los semáforos se mezclaban entre sí creando nuevos colores.



Y fueron las mejores vacaciones de sus vidas.

Al llegar el mes de septiembre y finalizar el periodo de descanso, la familia se reunió para tomar la decisión más importante de su vida.

—¿Qué hacemos? —preguntó el padre.

Los tres eran conscientes de que la respuesta que dieran definiría para siempre el futuro de la familia.

—Nos quedamos —propuso la niña.

Y aún están allí.

El niño que medía un palmo

Había una vez, en un país muy lejano, un niño de doce años llamado Santiago que medía un palmo. Eso, claro está, lo llenaba de tristeza.

—Mi vida es rotundamente horrible. Mido un palmo —solía decirse con frecuencia.

Los padres de Santiago estaban preocupados por el tamaño de su hijo y con el fin de poner solución al problema decidieron llevarlo a los principales especialistas del país. Pero ninguno de ellos encontraba una solución. Se miraban entre sí, perplejos, y decían:

—Es muy raro, muy raro. Nunca hemos visto un niño de doce años que mida un palmo. No sabemos qué puede pasar.

Viendo los papás que ningún especialista era capaz de encontrar explicación al fenómeno, decidieron hablar con el pequeño en el tono más tierno que supieron. Si la ciencia no tenía nada que decir, tal vez el amor conseguiera arreglar las cosas.

—Mira, pequeño mío, lo tuyo no tiene remedio. Tienes que acostumbrarte a medir un palmo y aceptarlo —le dijo su mamá.

—Pero yo no quiero ser así —le contestó Santiago lloroso—. Odio tener que conformarme. Prefiero luchar para cambiar las cosas y os pido a vosotros que hagáis lo mismo. Quiero medir como los otros niños de mi edad. Haced lo que queráis, pero haced algo.

Y así era la vida de nuestro amigo. En su colegio le habían construido un pupitre especialmente diseñado para su tamaño. Acudía con regularidad a clase, sacaba excelentes notas y gozaba del aprecio de sus comprensibles maestros, pero los niños le gritaban siempre a la hora del recreo:

—¡Mira, por ahí va Santiago, el que mide un palmo!

Nuestro héroe se sentía siempre apenado y no podía imaginar un futuro bonito para él, por mucho que lo intentara. Y os aseguro que lo intentaba cada día, con todas sus fuerzas.

Hemos de comprenderlo. Medir un palmo en un país en el que todo el mundo medía sólo un centímetro era ciertamente una tragedia.

—Dios mío, Dios Bondadoso, no quiero ser tan alto —rezaba por las noches.

Una obra maestra

Había una vez, en un país muy lejano, un escritor muy malo llamado Bernabé al que le costaba muchísimo escribir una sola línea. Su sueño era publicar una obra maestra y lo intentaba a todas horas, pero no tenía la habilidad necesaria para conseguirlo.

—Ojalá pudiera escribir una novela genial —se decía siempre antes de dormir.

Y soñaba que lo conseguía. Se veía a sí mismo recibiendo el aplauso de todos y generando la más profunda envidia en sus compañeros.

Pero al día siguiente las cosas volvían a ser como siempre. Ni una línea, ni una palabra. A Bernabé no se le ocurría ninguna idea original.

—¡Una novela genial, sólo una! —gritó en cierta ocasión, sentado frente al ordenador.

Y entonces sucedió algo extraordinario. Un genio se le apareció y de esta manera le habló:

—Bernabé, muy buenas tardes.

—Muy buenas tardes, ¿quién es usted?

—Soy un genio. Mi misión es hacer realidad los deseos de ciertos humanos desesperados. Llevo dedicándome a ello novecientos años. Acabo de escuchar que quieres escribir una novela genial, ¿es así?

Bernabé estaba tan entusiasmado que ni siquiera tenía el ánimo para sorprenderse. Aquello parecía ser una magnífica ocasión y él no pensaba desaprovecharla.

—Sí, señor. Ése es mi sueño. Toda la vida he querido hacerlo. En realidad, es lo único que he deseado de verdad desde que cumplí diez años.

—Pues te doy la oportunidad de lograr tu objetivo —le aseguró el genio cambiando rápidamente de ubicación mientras hablaba.

—¿Cómo lo harás? —preguntó Bernabé impaciente mientras giraba la cabeza para seguir la ruta que el genio había realizado en su habitación.

Y fue entonces cuando ese extraño ser expuso su plan perfecto:

—Es muy fácil. En realidad, tú no has de escribir ninguna obra maestra, porque ya hay centenares escritas. Solamente tienes que elegir una de las ya existentes y diremos que tú eres el autor.

—Pero eso no es posible. Las grandes obras maestras son conocidas por centenares de miles de lectores. No podríamos hacer creer a nadie que yo he escrito una de ellas. Me acusarían de plagio. No sé de qué planeta vienes, pero aquí, en la Tierra, lo que me propones es rotundamente imposible.



—Te equivocas en algo —repuso el genio—. Soy un profesional en esto y sé cómo eliminar las pistas.

—¿Qué quieres decir?

—Que haremos desaparecer al autor de la obra que tú elijas. Lo borraremos para siempre del grandioso mapa de la historia. Nunca habrá existido. Su obra será tu obra. Si te decantas por *Hamlet*, por ejemplo, eliminaré a Shakespeare de la memoria de los hombres, y así, cuando la lean, lo harán por primera vez y todos te aplaudirán entusiasmados. ¿Qué me dices? *¿El Quijote, La divina comedia, Los hermanos Karamazov?* Adelante, es tu oportunidad.

Bernabé estaba contento, como jamás lo había estado en su vida. El éxito que tanto había anhelado estaba a punto de producirse.

Por un momento, estuvo a punto de elegir cualquier obra de un amigo suyo, que también era escritor. No le gustaban especialmente sus libros, pero lo odiaba tanto que hubiera estado dispuesto a cualquier cosa solamente para que desapareciera de la superficie de nuestro planeta. Pero lo pensó mejor y dijo algo que provocó que el

genio falleciera inmediatamente de un sonoro infarto:
—La Biblia. Elijo la Biblia.

El país de los errores

Existió un país en el que las ideas falsas eran verdaderas. Todas las equivocaciones de la humanidad, todos los errores que nuestra especie ha ido cometiendo no eran errores allí, sino verdades absolutas.

Así, en ese lejano país, la Tierra era realmente plana y ocupaba exactamente la posición central en el amplio Universo, Dios era un ser vengativo e impaciente, los negros eran seres inferiores que olían fatal y Walt Disney estaba congelado.

Pensaréis, sin duda, que exagero, pero os digo la verdad. Cualquier idea falsa que se os pase por la cabeza allí era cierta.

Por ejemplo, los homosexuales eran enfermos, los pobres merecían serlo, el planeta Marte era un Dios guerrero y violento enamorado de la sangre, las mujeres no entendían de política, los horóscopos decían la verdad, el Premio Planeta se decidía por votación y la homeopatía era una ciencia verificada.

Todos caminaban seguros de sí mismos en aquel país, porque el mundo real era tal como ellos habían imaginado que fuera. Nadie dudaba un solo instante. La certeza que tenían en su propio mundo era perfecta y lisa, como una pesada esfera.

Un buen día, un explorador llamado Jacinto llegó a ese extraño lugar. Había llegado desde muy lejos, siguiendo la pista a ciertos rumores que afirmaban la existencia del país de los errores. Al llegar, tras noventa y dos días de incomodísimo viaje en tren, se sorprendió mucho al ver todo aquello.

Es increíble —se dijo a sí mismo—. Aquí todo lo falso es cierto. Los judíos son seres horrendos, los americanos son infantiles, los cubanos son felices, la pintura realista y figurativa de Antonio López está pasada de moda y Elvis Presley esta vivo.

Para asegurarse de que no faltaba allí ningún error el explorador Jacinto anotó en una libreta todas las equivocaciones humanas y comprobó, perplejo, que faltaba una.

Mirando al horizonte se dijo:

—¡Dios mío, falta un error! ¡En este país no existe la idea del infierno! No lo comprendo. El infierno es la única cosa falsa en la que aquí no se cree.

Nuestro amigo cerró los ojos y empezó a pensar en el motivo de esa ausencia.

—¿Por qué no existe aquí la errónea idea del infierno? —se preguntaba.

Abrió los ojos y comprendió la razón: aquel lejano país, sin lugar a dudas, ya era el mismísimo infierno.

Los traumas de la reina Beatriz

Había una vez, en un país muy lejano, una bella reina llamada Beatriz que vivía sola en su palacio desde que su perverso marido falleciera en una violenta batalla.

La reina recordaba siempre lo malvado que fue su esposo.

—¡Qué malísimo fue conmigo! ¡Por fortuna ya murió!

Una noche de invierno la reina Beatriz conoció al archiduque Sebastian en una fiesta absurda.

—Me acabo de enamorar de ti, archiduque —le dijo la reina.

—Y yo de ti, preciosa Beatriz.

Y decidieron casarse.

Un buen día el archiduque Sebastian apagó un cigarro en una taza de café y la reina lo reprendió al instante:

—Amado Sebastian, te agradecería que no apagaras las colillas en las tazas de café, porque eso mismo hacía mi perverso esposo. Me recuerdas a él y eso me traumatiza.

—Perdona, Beatriz. No lo volveré a hacer —respondió sumiso el archiduque.

Al día siguiente Sebastian tuvo la ocurrencia de llamar a su esposa «niñita», lo que provocó inmediatamente el siguiente comentario de la reina:

—Amado Sebastian, te agradecería que no me llamaras «niñita», porque eso mismo hacía mi perverso esposo. Me recuerdas a él y eso me traumatiza.

Se disculpó el buen hombre y prometió no volverlo a hacer más.

Llegó la noche y el archiduque, contemplando la belleza de su esposa, le acarició suavemente la espalda.

—Amado Sebastian, te agradecería que no me acariciaras la espalda, porque eso mismo hacía mi perverso esposo. Me recuerdas a él y eso me traumatiza.

Dos minutos después el hombre quiso gozar del placer carnal con su mujer.

—Amado Sebastian, te agradecería que no gozaras carnalmente conmigo, porque eso mismo hacía mi perverso esposo. Me recuerdas a él y eso me traumatiza.

—Perdona, corazón. No lo haré más —contestó tristísimo el archiduque.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, nuestro amigo Sebastian quiso mantener un diálogo cordial con su esposa.

—Amado Sebastian, te agradecería que no hablaras nunca más conmigo, porque eso mismo hacía mi perverso esposo. Me recuerdas a él y eso me traumatiza.

El pobre hombre guardó silencio para siempre y decidió solamente respirar.

—Amado Sebastian, te agradecería que no respiraras, porque eso mismo hacía mi perverso esposo. Me recuerdas a él y eso me traumatiza.

El obediente marido dejó de respirar. Transcurridos tres minutos, falleció debido a la falta de oxígeno en su cerebro.

—Amado Sebastian, ¿cómo has podido morirte? Eso mismo hizo mi perverso esposo. Me has recordado a él y eso me traumatiza.

El futuro de Virginia

En cierta ocasión vivió una dulcísima niña de nueve años llamada Virginia. La pequeña deseaba comprase un objeto y ahorraba obstinadamente para conseguirlo.

—Aún me falta mucho dinero, pero algún día habré reunido todo lo necesario —se decía mientras contaba las pocas monedas que había conseguido guardar.

Virginia era muy reservada y nunca reveló a sus padres qué era aquello que tanto ansiaba tener.

—Hija, ¿por qué no quieres decirnos lo que deseas? —le preguntaba su madre—. Tal vez así podríamos orientarte.

—Prefiero no hacerlo. Será una sorpresa. Vosotros dadme monedas y cuando tenga las necesarias ya veréis de qué se trata.

Cualquier progenitor coherente hubiera insistido algo más para averiguar qué era aquello que su hija deseaba tan ardientemente, pero los padres de Virginia pertenecían a una generación confusa que no sabía muy bien cuál era la mejor manera de educar a su descendencia. Así que, por miedo a equivocarse, aceptaban con un respeto forzado la reserva de su hija y se limitaban a entregarle, de vez en cuando, alguna moneda de bronce.



—Toma, hija, para tus ahorros.

—Gracias, padres.

Y la niña guardaba la moneda en el cajón que tenía habilitado para ello.

El talante ahorrativo de la menor provocaba una inmensa simpatía en todos sus profesores. El director de la escuela, un hombre calvo y delgadísimo que había tenido mala suerte con las mujeres, solía utilizar a Virginia como ejemplo ante el resto de sus alumnos.

—Ahorrar requiere esfuerzo y denota capacidad de previsión y eso es siempre deseable —aleccionaba en las aulas—. Vuestra compañera será, en el futuro, una mujer afortunada.

Cuando llegaba el cumpleaños de nuestra amiga, ningún juguete quería. Tan sólo monedas para poder ahorrar. Las quería de cualquier tamaño y del material que fuera. Si eran grandes se alegraba muchísimo, claro está, pero también eran bien recibidas las de escaso valor. El caso era poder amontonarlas en su cajón para que se fuera acercando el momento de comprarse lo que ella tanto deseaba.

Pasaron así siete años y nuestra protagonista cumplió dieciséis. Se convirtió en una preciosa jovencita, estudiosa y alegre, que había logrado ahorrar una buena cantidad de dinero. Pero todavía no tenía el suficiente.

Un novio llamado Eduardo apareció en su vida. Él la quería con locura y, aunque al principio quiso saber cuál era el objeto que su chica anhelaba comprarse, pronto dejó de preocuparle, porque él, como sus mayores, también pertenecía a una generación confusa.

El tiempo transcurrió todavía más, cosa que siempre pasa, y Virginia y Eduardo se casaron. Vivieron felices y llegaron a ocupar altísimos cargos de responsabilidad social.

Y envejecieron juntos sin darse cuenta.

Una tarde, cuando Virginia cumplió noventa y cuatro años, se arrodilló ante su adorado cajón y se dispuso a hacer aquello que tanto le agradaba desde que era una jovencita: contar sus monedas. Al instante gritó llena de ilusión:

—¡Eduardo, ya tengo el dinero suficiente para comprar lo que deseo!

Sacando todas las monedas del cajón y colocándolas como pudo en sus bolsillos, acudió rápidamente a la tienda donde la estaba esperando aquel objeto por el que llevaba tantos años obsesionada.

Por suerte, la tienda todavía existía. Los propietarios pertenecían también a una generación confusa de comerciantes. Virginia compró lo que quería y regresó a casa más contenta que nunca en toda su vida.

—Cariño —le dijo temblorosa a su anciano marido—, ¡qué lástima que mis padres hayan muerto hace treinta y cinco años! Les encantaría poder ver por fin lo que siempre quise tener.

Virginia extrajo de una bolsa el objeto y se lo enseñó a Eduardo.

El hombre no podía creer lo que estaba viendo.

—Virginia, cielo mío —le dijo aterrado—. ¿Has estado ahorrando toda la vida para comparte una hucha?

Y llena de alegría, recuperando al instante la expresión que tenía a los nueve años, le respondió a su amado esposo:

—Sí, mi corazón. Es la hucha de oro más maravillosa del mundo. Ahora podremos empezar a ahorrar como Dios manda.

La inconmensurable belleza de Alicante

Había una vez, en un barrio de Madrid, un matrimonio formado por Mercedes y Agustín.

A los dos les gustaba mucho Alicante, y desde hacía tiempo hacían planes para comprarse allí una segunda residencia, pero no tenían dinero suficiente.

Un buen día Agustín le propuso algo a su esposa:

—Oye, Mercedes, ya que no podemos comprarnos esa casa en Alicante, ¿qué te parece si cada fin de semana desmontamos la nuestra, la llevamos allí y el lunes la volvemos a traer?

Esa idea dejó estupefacta a la buena mujer.

—Agustín, luz de mi vida, estás loco. ¿Cómo vamos a trasladar nuestro entresuelo segunda cada fin de semana?

—Muy fácil —respondió ilusionado—. Lo podemos hacer en varios viajes. Tú confía en mí.

Y ella confió en él.

Cada viernes por la tarde, después de trabajar, el matrimonio desmontaba con esfuerzo el entresuelo segunda pieza a pieza e iban colocando las partes en la baca del coche.

En cuarenta viajes llevaban la casa entera hasta Alicante. Allí la volvían a montar y pasaban alegremente el fin de semana. Luego volvían a desmontarla, haciendo nuevamente los cuarenta viajes, pero en sentido inverso.

Cualquiera podría pensar que aquello era un trabajo demasiado pesado para dos personas, pero os puedo asegurar que la ilusión con la que lo realizaban les compensaba todo el cansancio. Eran felices así y no les importaba que todo el mundo murmurara que estaban completamente locos.

Estuvieron haciéndolo tres años, hasta que los vecinos de su bloque de pisos en Madrid empezaron a quejarse con insistencia.

Al desarmar el entresuelo segunda, los cimientos del bloque de pisos se resentían. Aquello empezaba a ser un peligro para las vidas de los demás vecinos. El presidente de la escalera, orgulloso de su cargo, les advirtió:

—Si volvéis a desmontar la casa, os pondremos una denuncia formal en el ayuntamiento. No es de recibo dejar un bloque de pisos todo un fin de semana sin su entresuelo segunda. Es peligroso y estéticamente queda muy mal.

Agustín y Mercedes tuvieron que renunciar a sus fines de semana. Sólo les quedaba una opción para poder vivir en Alicante: vender su casa y comprarse otra allí. Pero, claro, para ello tendrían que esperar aún muchísimos años, porque, ya se sabe, ahora es un buen momento para comprar, pero muy malo para vender.

La perfección

Había una vez, en un país muy lejano, un hombre llamado Francisco que era absolutamente perfecto. Por más que lo examináramos, no encontraríamos en él nada que pudiera criticarse.

—¡Dios mío, Francisco no tiene ningún fallo! —exclamaban todos en la taberna.

—¡Ética y moralmente es impecable! Por no hablar de su magnífica inteligencia.

—Y además está buenísimo —subrayaba siempre alguna joven.

Nuestro protagonista era vigilado continuamente por todos sus conciudadanos, que analizaban de forma obsesiva su comportamiento con el fin de encontrarle algún defecto.

—Algo malo debe de tener. Es un ser humano y nuestra especie está repleta de imperfecciones. Eso es lo que siempre se ha dicho y es evidente que ha de ser así. Francisco no puede ser una excepción —se escuchó decir en la taberna.

Pero por mucho que lo espiaran, de día y de noche y de lunes a domingo, nada reprobable encontraban. Los envidiosos vecinos habían llegado incluso a instalar micrófonos en el domicilio de Francisco, así como diminutas cámaras de filmación para controlar en todo a ese hombre que, al menos en apariencia, simbolizaba la más luminosa perfección.

—Pongamos también un micrófono en el lavabo —proponían los más morbosos.

—Sí, y una diminuta cámara de vigilancia dentro de la almohada. A lo mejor ronca como un maldito puerco.

Tras varios años de implacable espionaje los vecinos se reunieron en un tristísimo centro cívico y de esta manera hablaron:

—Definitivamente, este hombre no tiene fallo alguno.

—Sí, es absoluta y radicalmente impecable. Hemos de reconocerlo aunque nos duela —sentenció con seguridad una señora que vivía atormentada sin saber por qué.

Pero, por desgracia, la envidia es energética. Es lo menos perezoso que existe. No se conforma con las evidencias y siempre tiene fuerzas para continuar un poco más. No se cansa nunca. Por esa tristísima razón los vecinos continuaron espiando a nuestro amigo, manteniendo casi intacta la remota esperanza de encontrarle alguna pega. Pero todo fue en vano. Las cámaras de vigilancia sólo registraron comportamientos impecables y movimientos elegantes. Francisco tenía gracia hasta haciendo de vientre. Era, ya sin ninguna duda, el ser más perfecto que pudiera imaginarse.



Pasaron los años y Francisco se hizo muy viejo. A pesar de haber cumplido noventa y ocho años y de tener la piel arrugada, conservaba mucho de la belleza que lucía en su juventud. Era un anciano atractivísimo al que la ropa le quedaba siempre de fábula.

Una tarde lluviosa del mes de noviembre falleció nuestro héroe como consecuencia de un aparatoso derrame cerebral.

Todos los vecinos acudieron al entierro. Allí se enteraron de que el anciano había escrito un testamento. El documento fue fotocopiado y colgado en las paredes de todos los edificios de ese lejano país. El texto decía:

«Dejo todos mis vienes a la comunidad».

Al observar que la palabra «bienes» había sido escrita con *v*, toda la envidiosa rabia acumulada estalló como una bomba nuclear, ensanchándose por las calles, como lo haría un gas venenoso.

—Dios mío, ¿os habéis fijado? —comentó un vecino aguantándose la risa—. ¡Francisco no era perfecto! ¡Ha cometido una falta de ortografía!

—¡Era un inculto! —gritó un señor con gabardina.

—Un maldito y repugnante iletrado —añadió muerta de risa una joven gótica.

Y todos los vecinos, riendo a carcajadas y burlándose cruelmente del difunto, acudieron en manada a la notaría para cobrar su parte de la herencia.

Encarnación Bobary

Había una vez, en una ciudad estupenda, una mujer de sesenta y dos años llamada Encarnación que no se sentía valorada por su marido. Tenía motivos para pensar así. Su esposo, un hombre tosco llamado Francisco, parecía no hacerle el más mínimo caso.

Poco a poco la buena mujer se fue encerrando en sí misma. Dedicaba su tiempo a leer las grandes novelas de la literatura universal. Aquello le encantaba. Por un instante creía ser la protagonista de las obras que leía. Se sentía Madame Bovary, Ana Karenina, la Julieta de Romeo o la Lara de Zhivago.

Un sábado por la tarde pensó que no sería mala idea sustituir en las novelas los nombres de las protagonistas por el suyo propio.

Empezó con *Madame Bovary*. Utilizando un tippex, borró todos los lugares del libro donde aparecía el nombre *Emma* y en su lugar escribió con bolígrafo la palabra *Encarnación*, imitando torpemente la letra de una imprenta. Lo mismo hizo con el título, que se convirtió en «*Madame Encarnación*».

Ana Karenina pasó a titularse *Encarnación Fernández*, y la clásica tragedia de Shakespeare se convirtió en *Romeo y Encarnación*.

Se pasaba así las tardes, sola, con sus manos delgadas, su tippex blanco y su bolígrafo negro, sintiéndose protagonista por primera vez en su vida.

—Hoy me apetecería ser Lara —dijo llena de ilusión una mañana.

Sacó de su estantería el libro de Boris Pasternak y se dispuso a vivir en primera persona una historia de amor con el doctor Zhivago, pero antes de iniciar su tarea de borrado comprobó algo que la dejó perpleja.

—Pero ¿qué es esto? —se preguntó al hojear el libro.

Su marido, sin que ella lo supiera, había sustituido el nombre del famoso doctor por el suyo propio en todas sus páginas y la novela se titulaba *Doctor Francisco*.

Abelardo

Había una vez, en un país muy lejano, un niño de nueve años llamado Abelardo cuyos padres no le prestaban ninguna atención.

—Papá, mamá, ¿me contáis un cuento? —suplicaba el pequeño por las noches.

—¡Cállate, hijo! No molestes —solían responderle sus papás.

Sin embargo, el niño no podía evitar insistir, porque lo que más deseaba en el mundo era que le narraran historias. Eso era lo habitual, y él lo sabía. Los otros niños escuchaban muchas noches cuentos inventados por sus padres y no entendía por qué en su caso se negaban a hacerlo.

—Por favor, un cuento.

—Que no, imbécil.

El pequeño Abelardo crecía triste. Se comparaba con los otros niños de su edad y siempre salía perdiendo.

Una noche del mes de octubre, después de ver las noticias en la televisión, sus padres parecían estar de buen humor. Reían y se intercambiaban bromas, y eso le hizo suponer a nuestro protagonista que era el momento indicado para conseguir su objetivo.

—¿Verdad que hoy sí me contaréis un cuento? —preguntó ilusionado.

Pero su madre, mirándolo a los ojos, le contestó con dureza:

—No hay cuento, Abelardo. Tu padre y yo estamos iniciando los preliminares para un encuentro carnal. Vete a dormir y déjanos en paz. En adelante, te agradeceríamos muchísimo que dejaras de suplicarnos absurdamente que te contemos historias. Si quieres cuentos de princesas bellísimas y gigantes deformes, vete a la biblioteca municipal y pide prestado un libro lleno de dibujitos.

Al decir esto, los progenitores se sumieron en unos ridículos y aparatosos abrazos, mientras el padre cerraba con su calloso pie la puerta de la habitación.

El pobre Abelardo se quedó paralizado. Había recibido durante su corta vida muchos comentarios negativos por parte de sus padres, pero en aquella ocasión las cosas parecieron haber ido demasiado lejos. Cada vez tenía más claro que nunca le contarían un cuento. Eso era algo que debería empezar a aceptar si no quería continuar desilusionándose noche tras noche.

Al día siguiente, a primera hora de la mañana, mientras nuestro amigo se estaba vistiendo despacito para ir sin ganas al colegio, tuvo una gran idea. Tal vez la mayor ocurrencia de su vida. Mirándose ilusionado en el espejo, se dijo:



—Si nadie me cuenta cuentos, me los contaré yo mismo.

Y eso es lo que hizo. Cada mañana Abelardo se inventaba un cuento que se contaba a sí mismo por la noche. Además de ser la única solución que el pobre crío encontró, tenía la ventaja de que las historias que se narraba estaban hechas a su justa medida y no a la de esos dos seres horribles que lo habían engendrado.

Mientras desayunaba empezaba a perfilar el argumento y luego, durante el día, en una libreta, iba apuntando los diálogos y el resto de los detalles de la narración.

Con su letra pulida y redonda de niño anotaba: «Había una vez, en un país muy lejano...». Y horas después, cuando se le ocurría algo nuevo, continuaba: «... una niña de dorados cabellos y trenzas milagrosas...». Y luego: «... que se llamaba Rosaura».

Cuando el día terminaba y oscurecía, después de dar las buenas noches a sus distantes papás, se metía en la cama, se tapaba bien con las sábanas y, en voz muy bajita, empezaba a contarse a sí mismo:

—Había una vez, en un país muy lejano, una niña de dorados cabellos y trenzas milagrosas que se llamaba Rosaura.

Y así, día tras día, noche tras noche, mientras los imbéciles de sus papás gozaban eróticamente en la habitación conyugal, Abelardo se iba convirtiendo, cuento a cuento, en un hombre de verdad.

El niño que no era patriota

Había una vez, en una preciosa isla cerca de África, un niño llamado Ricardo que era distinto a los demás. No era patriota y eso causaba un pronunciado rechazo en quienes lo conocían.

—Todos mis amigos aman con fuerza a esta isla y la consideran el mejor lugar del mundo, pero no es mi caso.

—Pero ¿por qué, hijo mío? —le preguntaba extrañado su padre.

—No lo sé, papá. Por mucho que lo intento, no logro asombrarme al contemplar la presunta belleza de este paisaje tan celebrado. Es así y ya está. No puedo evitar ser como soy —se justificaba Ricardo.

El niño creció y se convirtió en un señor de cuarenta años. El paso del tiempo alteró muchas de sus características infantiles, pero dejó intacta su radical falta de patriotismo.

—En el fondo, me encantaría amar a un país como hacéis todos vosotros —le confesó en cierta ocasión a su bellísima esposa—. ¡Os veo tan contentos!

—Pues hazte patriota, corazón.

La respuesta que le dio su mujer fue tomada por nuestro amigo como una frivolidad, pero en cierto modo aquello parecía ser la solución. Tras meditar todo el día se miró en el espejo retrovisor de su antiguo Renault 21 y dijo con resolución:

—Me voy a hacer patriota. ¡No se hable más!

Sin embargo, al instante notó en la parte central de su cabeza la más radical de las dudas. Había muchos países en el mundo y todos estaban llenos de encanto. ¿De qué país sería él patriota?

Cualquier otro, ante esta pregunta fundamental, se habría quedado sin respuesta, pero el protagonista de nuestra historia era un hombre cuya inteligencia estaba sobradamente por encima de la media estadística. Y eso le hizo tener una idea genial:

—Me haré patriota de todos los países del mundo, sin excepción. Pero no de todos a la vez. Cada día lo seré de uno distinto.

E introdujo en un gigantesco bombo de lotería cientos de bolas con el nombre de todos los países de la Tierra. Cada mañana, antes de desayunar, giraba el bombo y caía una bola. Y durante ese día Ricardo era patriota del país cuyo nombre había tenido la fortuna de ser elegido.

—Hoy me toca ser patriota de Francia. ¡Viva Francia!

Y durante veinticuatro horas Francia era la razón de ser de Ricardo. Cada minuto de ese día era dedicado a elogiar sus ríos, sus vinos, sus quesos y su poderosísima historia.

Y al día siguiente, girando nuevamente el bombo:

—Canadá. Hoy ha tocado Canadá. ¡Viva Canadá y su magnífico folclore!

La vida con Ricardo no era fácil, hemos de comprenderlo. Su esposa lamentó en

más de una ocasión haberle dado la idea de abrazar el patriotismo. Debe de ser francamente espantoso convivir con una persona que decide su amor a una tierra en función del azaroso giro de un bombo.

—Hoy salió la bola de Grecia. ¡Ningún país como Grecia! ¡Qué historia, qué filosofía, que orígenes del pensamiento racional! ¡Qué bien supieron alejarse del misticismo! ¡Qué hermosamente transitaron del mito al logos! ¡Viva Grecia y sus mujeres!

Y así, día a día, semana a semana, mes a mes y año a año, Ricardo fue patriota de muchísimos países, a los que amó con una fuerza extraordinaria.

Al cumplir ochenta años, el anciano había adorado a casi la totalidad de los países de nuestro extrañísimo planeta. Los amó tan sólo durante veinticuatro horas, pero de manera radical.

Una mañana del mes de septiembre, cuando Ricardo regresó a casa después de visitar al médico (tenía varices), se asomó a la ventana de su habitación para contemplar, desganado, las vistas de la isla en la que había estado toda la vida.

Y vio algo terrible. Mientras él había sido patriota de todos los países del mundo, mientras había aplaudido las ventajas de ser ruso, italiano, rumano o tailandés, su olvidada isla natal había sido afeada sin escrúpulos, construyendo espantosos hoteles que estropeaban el paisaje, violando todas las leyes de costas que el ser humano había ideado para conservar la belleza de sus patrias.

—¡Vivan las islas Canarias y sus gloriosas mujeres! —gritó Ricardo.

Pero ya era demasiado tarde.

La verdadera historia de la creación del Universo

Había una vez, en un país muy lejano, una señora llamada Consuelo Martínez Sánchez que tenía sesenta y siete años.

Un domingo por la noche Consuelo escuchó en las noticias de la radio que había que retroceder el reloj una hora, como cada año, a causa de esa extrañísima cuestión del ahorro energético.

Obediente a las normas estatales, nuestra protagonista retrocedió su reloj sesenta minutos y, para su asombro, comprobó que se encontraba mucho mejor.

—¡Es fantástico! ¡Me siento infinítamente más cómoda una hora antes!

Tan bien estaba que decidió retroceder otra hora más. Y, al hacerlo, descubrió que se sentía todavía mejor.

—¡Caramba! —pensó mientras se rascaba un tobillo—. ¡Cada hora que retrocedo estoy más a gusto!

Así que, dando vueltas con sus gordos deditos a la corona del reloj, empezó a retroceder horas y horas. Tanto retrocedió que, en veinte minutos, se situó en pleno siglo XVII.

—¡Esto es fantástico, se puede viajar en el tiempo retrocediendo el reloj! —gritó llena de júbilo.

Salió a la calle y comprobó que no existían los edificios que ella estaba acostumbrada a ver desde hacía tantos años.

Aunque le gustaba aquella época (adoraba la pintura holandesa que se hacía en aquellos tiempos), no pudo evitar continuar restando horas. Retrocedió su reloj hasta situarse en el año 10000 a.C. y presenció, aturdida, la implantación de la agricultura.

Aquello era hermoso, ciertamente, pero nada le impedía continuar viajando hacía atrás en el tiempo.

Giró y giró la manecilla de su reloj y, en tan sólo siete horas, nuestra heroína retrocedió trece mil setecientos millones de años.

Se encontraba en el momento del Big Bang, tres segundos después de la gran explosión que dio origen a nuestro Universo.

Pensó qué debía hacer. Tenía dos opciones: adelantar su reloj y volver al siglo XXI, o quedarse allí y ser testigo de la creación del mundo.

Decidió quedarse.

Y esa buena mujer, debéis saberlo, ha estado presente a lo largo de la historia del Universo.

Por eso, cada noche, cuando os vayáis a dormir, mirad con entusiasmo al techo y pensad con fuerza y fe en Doña Consuelo Martínez Sánchez.

La que todo lo sabe.

La que todo lo ve.

La que siempre ha estado.
Y pedidle a Ella por todos nosotros.

Una rulot en Nueva York

En cierta ocasión vivió una mujer de mediana edad que estaba desesperada. No existía una razón clara para ello. Por mucho que lo intentara, no conseguía encontrar la causa de su desdicha.

—Las cosas marchan objetivamente bien —se decía a todas horas—. No entiendo el porqué de mi desgracia.

Su marido, un hombre alto y bondadoso, se desvivía por hacerla feliz, pero aquello le resultaba una tarea imposible.

—¿Qué puedo hacer por ti, Encarna? —le preguntaba a todas horas.

—Nada, Francisco, nada —le respondía ella sin apenas mirarlo.

Los días transcurrían así, entre la impotencia del marido y la desdicha de la esposa. Era, no lo dudéis, una situación terrible.

Una mañana muy temprano, mientras los dos todavía estaban desperezándose en la cama, Francisco formuló a su esposa una pregunta que, tal vez, podría dar alguna clave para ayudarla.

—Mi amor —le dijo acariciándole el pelo—, ¿qué tendría que ocurrir ahora mismo para que fueras feliz?

Y ella, con la soberbia que da en ocasiones saberse desgraciado, le contestó:

—Me gustaría que, al abrir la maldita puerta de nuestra habitación, en lugar de ver lo que siempre veo, apareciera repentinamente Central Park.

Francisco sabía que la respuesta de su esposa no era algo que tuviera que tomarse en sentido literal. Era producto de su desesperación. En ocasiones las personas tristes utilizan la antipatía como un recurso más, y él era consciente de ello.

Pero el hombre, sin apenas inmutarse, le respondió con absoluta seriedad:

—Muy bien, Encarna. Eso tendrás.

Aquella misma tarde Francisco tuvo la gran idea y así se lo comentó a un amigo:

—Mi mujer quiere que al abrir la puerta de nuestra habitación aparezca Central Park. Y yo le voy a conceder ese capricho.

—Pero ¿te has vuelto loco? Eso es algo imposible —le replicó su amigo.

—Sé cómo hacerlo. Voy a encargar una rulot cuyo interior sea una réplica exacta de nuestra habitación. Dormiré a Encarna durante varios días, utilizando técnicas médicas no ofensivas y la colocaré dentro. Llevaré la rulot en barco hasta Nueva York, la aparcaré en Central Park y entonces despertaré a Encarna. Abrirá la puerta de lo que ella pensará que es nuestra habitación y aparecerá ante sus ojos, como un milagro, Central Park, con toda su luz y su esplendor.

El amigo de Francisco se quedó perplejo, pero reconoció que, técnicamente, era una idea brillante.

Pasaron diez semanas hasta que todo estuvo terminado. Francisco disponía ya de la rulot, cuyo interior era una copia perfecta de la habitación conyugal. Solamente tenía

que llevar adelante su plan, durmiendo a Encarna y efectuando el trayecto en barco.

Todo transcurrió según lo previsto, aunque no fue fácil convencer a la tripulación del barco para que no dijera nada al capitán de lo que allí estaba ocurriendo.

Una mañana del mes de abril la rulot ya estaba colocada en el centro del famoso parque. Nueva York estaba aquel día radiante. La luz era preciosa.

Francisco despertó a su mujer como de costumbre:

—Encarna, buenos días, mi amor.

—Buenos días, Francisco —le respondió ella sin mirarlo.

La mujer se levantó, se colocó una bata y se dirigió a la puerta para salir al cuarto de baño.

Francisco la miró mientras caminaba. Sólo eran necesarios unos segundos para que, al abrir la puerta, su esposa encontrara Central Park en lugar de su aburrido comedor.

Tres pasos faltaban. Encarna caminaba lentamente. Dos pasos. Un paso.



La mujer colocó la mano en el pomo de la puerta, lo giró y la abrió.

La luz de Nueva York entró en la rulot. Encarna se encontró con Central Park. Miraba los bancos, las personas que caminaban y los gloriosos árboles.

Pasó un minuto así. Después cerró la puerta y volvió a la cama sin decir nada a su marido.

La humildad

Había una vez, en un país muy lejano, una niña de nueve años que se llamaba Sandra. La pequeña se pasaba el día leyendo vidas de santos. Llegó a identificarse tanto con ellos que decidió, a su cortísima edad, imitar en todo su comportamiento. Quería ser como Santa Teresa o San Agustín, y en eso pensaba ella todo el día.

Tras varios meses leyendo todas aquellas biografías, la niña llegó a una conclusión fundamental:

—Los santos son humildes. Ésa es la clave. He de conseguir por todos los medios conseguir su maravillosa humildad.

El tiempo fue pasando y la niña Susana se convirtió en adolescente. Pese al cambio hormonal seguía vigente su intención de alcanzar la humildad a toda costa. Sin embargo, era consciente de que aquélla no era una tarea sencilla. Oscureciendo su meta, se colaba siempre por algún hueco de su cabeza un atisbo del humano orgullo.

—¡Maldita sea! —refunfuñaba—. ¡Ojalá algún día pueda lograr que se esfume para siempre este repugnante orgullo!

Pasaron los años y Susana se hizo vieja. Cuando cumplió setenta y cuatro años, después de muchos esfuerzos para dejar de sentirse orgullosa, consiguió por fin su objetivo y gritó:

—¡Ya soy humilde!

Pero en aquel momento todo se vino abajo, porque se sintió profundamente orgullosa de haberlo conseguido.

Trescientas libretas

Había una vez, en un país muy lejano, una niña asombrosamente lista y guapa llamada Carolina. Tenía nueve años y le encantaban las libretas. Siempre que tenía ocasión y ahorraba lo suficiente se compraba una. Al cabo del tiempo, con esfuerzo, llegó a tener trescientas.

Cuando se acercaba la fecha de su cumpleaños, sus padres siempre sabían qué regalarle. Una libreta era siempre el objeto perfecto para su hija.

—Pero, Carolina —le decía su mamá—, ¿seguro que no te gustaría otra cosa? En el mundo hay muchos más regalos para elegir.

Pero la niña, con una extraña seguridad, siempre respondía:

—Una libreta es lo que quiero. Te aseguro que no necesito nada más.

Un despejado día del mes de diciembre Carolina se encontraba sentada en un banco cerca de su casa, tomando el magnífico sol de invierno que a ella tanto le gustaba.

—¡Qué bien estoy aquí! Casi diría que la vida es hermosa —se dijo mientras miraba la última libreta que le había comprado su abuela María.

El sol reflejaba su poderosa luz en las hojas blancas de la libreta, lo que obligaba a la niña a entornar ligeramente los ojos.

»Sí, la vida es hermosa.

Mientras pronunciaba esas palabras, una señora de unos ochenta años se sentó al lado de Carolina.

—Hola, pequeña —la saludó la anciana—. ¿Quieres saber algo que seguramente te interesará? Tiene que ver con las libretas.

La niña respondió inmediatamente que sí. Las libretas eran su tema preferido y no podía dejar pasar la ocasión de que le contaran algo al respecto.

—Las libretas no son libretas —dijo la anciana mirando dulcemente a la niña.

Carolina se quedó perpleja. ¡Las libretas no son libretas! Era la frase más extraña que había escuchado en su vida. ¿Qué podría significar exactamente?

—No entiendo su aseveración, señora.

—Te lo explicaré bien, dulce niña.

Y tomando aire, la anciana le contó a nuestra protagonista algo que ella no olvidaría jamás:

—Las libretas no son libretas. Las libretas son libros. El problema es que esos libros los ha escrito gente que no tiene nada que decir. Por eso están en blanco.

Carolina escuchaba a la señora con cierta perplejidad, pero algo le decía que esa historia podría ser verdadera.

—Hay, dulce pequeña, muchísimos escritores a los que la inspiración nunca viene a saludarles. Se quedan sin aliento, tristes, decepcionados. Acaban odiando al mundo sin saber muy bien por qué. Pero tienen tantas ganas de ser escritores que no pueden evitar publicar lo que sea. Algunas veces escriben libros malos, pero cuando la inspiración es

nula, cuando no tienen absolutamente nada que decir, publican una libreta.

Publicar una libreta llena de hojas en blanco le pareció a Carolina una idea hasta cierto punto poética.

—¿Es cierto lo que me dice, señora?

—Es total y radicalmente cierto, pequeña —le respondió la anciana.

Carolina se despidió de la señora y regresó a su casa. Entró en su habitación, observó su extraordinaria colección de libretas y tomó la decisión más importante de su vida:

—Alguien tenía que hacerlo. Voy a rellenarlas.

En la actualidad Carolina es una magnífica escritora que ha vendido millones de ejemplares de sus trescientas novelas.

Pareja de hecho

Había una vez, en un país muy lejano, un intelectual llamado Bernardo que era profundamente ingenioso y carismático. Dedicaba diez horas diarias a escribir voluminosos tratados sobre sociología y era considerado por todos como uno de los más significativos expertos mundiales en el análisis del comportamiento masificado.

Bernardo llevaba veinte años conviviendo con Rosaura y, pese a no estar casados, todo hacía suponer que existía un amor bastante profundo en esa relación.

Rosaura lo amaba con locura. Adoraba su estilo, sus manos y su frente despejada. Quería casarse, pero él siempre se negaba diciendo:

—¿Casarse, dices? Eso es una tontería. Son sólo papeles.

—Pues a mí me haría profundamente feliz que fuéramos marido y mujer —le decía Rosaura llena de humildad, deseando que el hombre cambiara de opinión.

—Ya estamos bien así, cariño. Vivimos juntos y nos queremos. ¿Para qué más? Insisto en que casarse son sólo papeles.

Pasó el tiempo y la fama del escritor aumentó. Lo reclamaban de todas las universidades del mundo para impartir charlas, los programas de televisión se disputaban su presencia y el dinero entraba generosamente en casa.

—Formalicemos nuestra unión —insistía Rosaura—. Casémonos. Ahora es el momento. Tenemos dinero y una vida sin preocupaciones. Hazme feliz y di que sí, mi amor.

Pero Bernardo no era hombre que cambiara de opinión, y estaba a punto de pronunciar su frase favorita:

—Rosaura, casarse son sólo papeles.

Transcurrieron treinta años y nuestros dos amigos envejecieron. Aun así, Bernardo continuaba escribiendo de manera obsesiva. Era su pasión y no podía dejar de hacerlo. Acababa de publicar un nuevo libro. Era su autobiografía. Toda una vida resumida en quinientas páginas.

Fue un éxito mundial. Se vendieron más de tres millones de ejemplares y consiguió la mayoría de los galardones literarios del planeta Tierra. El nombre de Bernardo empezó a sonar en la Academia Sueca. Antes de morir podría incluso convertirse en premio Nobel. Todos le aplaudían.

Tras una cena con editores el exitoso autor llegó a casa un poco achispado. No era bueno el alcohol a su edad, y él lo sabía, pero la ocasión valía la pena. Abrió la puerta y allí lo esperaba Rosaura, sonriendo como nunca antes lo había hecho.



—Hola, cariño —la saludó Bernardo entusiasmado—. La cena ha sido magnífica. Todos los editores se me disputaban. Creo que no sería mala idea iniciar hoy mismo la segunda parte de mis memorias.

—No entiendo tanta alegría, luz de mi vida —le dijo Rosaura sin dejar de sonreír—. Tu libro son sólo papeles.

La madre Rusia

Existió una vez, en la maravillosa y fría Rusia, un zar que se pasaba el día sumido en una gran tristeza.

—¡Qué apenado estoy, Dios mío, no levanto cabeza! —se lamentaba a todas horas.

El motivo de su desdicha era haber perdido un sombrero amarillo que antaño le regaló su bisabuelo.

—¡Daría cualquier cosa por recuperar ese sombrero! —gritaba suplicando al cielo.

Una tarde del mes de octubre el zar mandó reunir a todos sus súbditos en los jardines del palacio y, desde su lujosísimo balcón, de esta manera les habló:

—Queridos súbditos: como sabéis, estoy sumido en una gran pesadumbre. No tengo ganas de nada y las cosas más sencillas se me hacen muy cuesta arriba. A vuestros oídos habrá llegado que el sombrero amarillo que me dejó en herencia el bondadoso zar Ernesto, mi bisabuelo, se ha extraviado. Mi vida sin ese objeto es lo más parecido a la basura que podáis imaginar. A veces, cuando me levanto, pido a Dios que me lleve con él.

Todos los súbditos escuchaban entristecidos, puesto que amaban con locura a su bondadoso soberano. El llanto de los más sensibles provocaba que sus lágrimas regaran el césped de los jardines.

»Y quiero haceros una propuesta —continuó el zar—. Aquel de vosotros que encuentre el sombrero se casará con mi hija, la princesa, para que en el futuro se convierta en zar de nuestra madre Rusia.

Los jardines del palacio se vieron envueltos por el murmullo más acentuado que jamás se haya podido escuchar en este mundo. Gritos de ilusión se mezclaban con suspiros de amor ante la posibilidad de una boda con tan bella hembra.

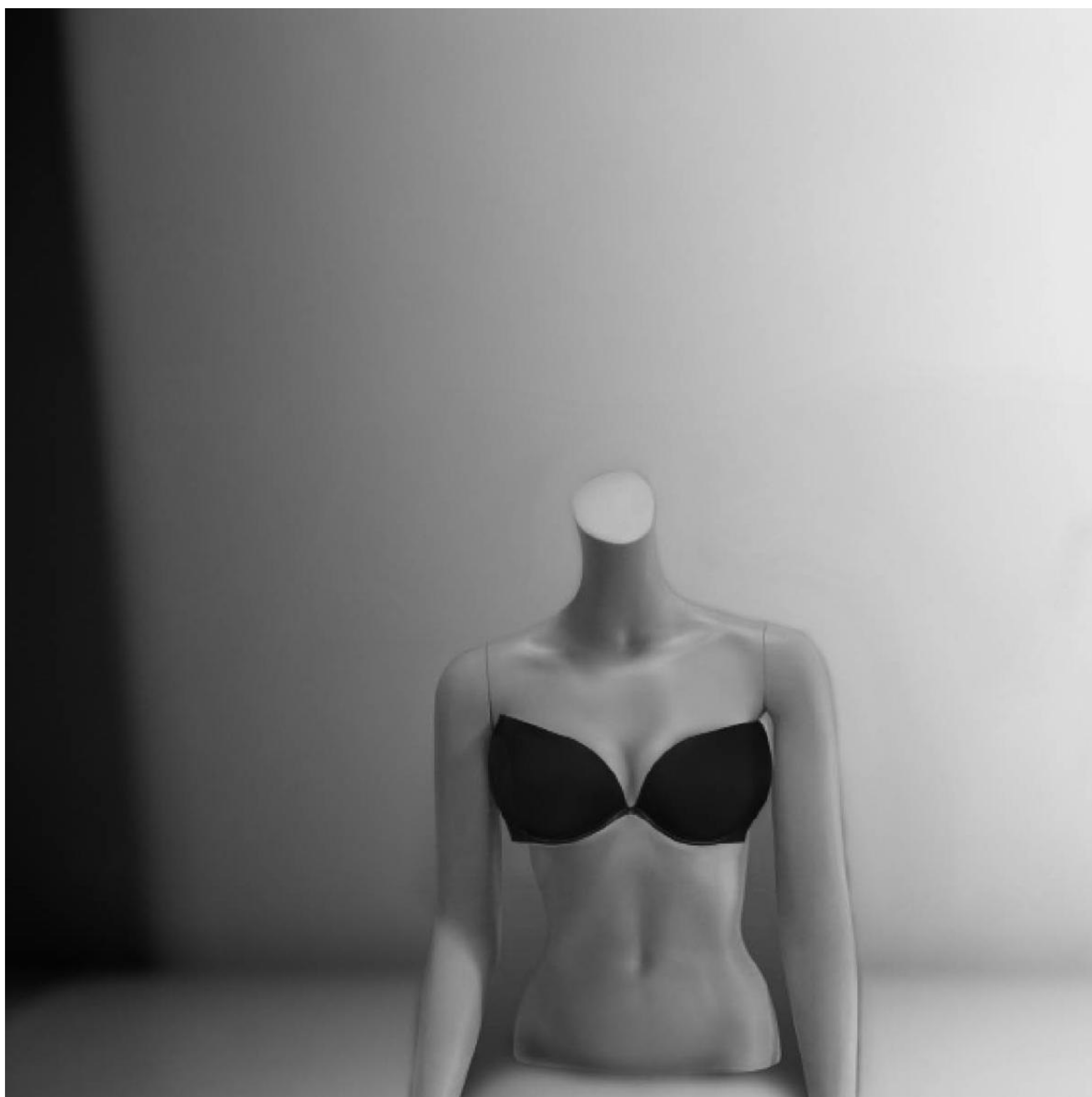
Y es que la princesa, hay que decirlo, era de una belleza extrema. Sus curvas eran deliciosas y lucía un generoso escote. Noventa de busto, copa C. Era, sin duda, el ideal objetivo de mujer en la mayoría de las culturas humanas.

El zar, antes de cerrar la gigantesca puerta de su balcón y esconderse en el palacio para seguir llorando, añadió algo más:

»Sólo hay una condición. El sombrero ha de estar aquí antes de las doce de la noche del día de mañana.

Más murmullos. Más suspiros.

Llegó el día siguiente y las doce de la noche se acercaban. Tan sólo quedaban cinco minutos para la hora marcada como límite por el zar.



Y el sombrero aún no había sido encontrado.

Tres minutos.

Dos.

Un minuto tan sólo.

Nevaba.

Y sonaron las doce en los cuatrocientos relojes del palacio y en los más veinte millones que había repartidos por todos los hogares de la vieja Rusia.

Pero pasó lo que pasa en ocasiones: todos los habitantes tuvieron un despiste y nadie se acordó de lo del sombrero, ni de lo de la boda con la princesa, ni de nada.

Lo olvidó también el zar, lo olvidó la princesa, que terminó casándose con un apuesto príncipe noruego y lo olvidaron los millones de súbditos de la inmensa madre Rusia.

Simplemente, se les pasó.

Amor fraternal

Había una vez, en un precioso pueblo de Ávila, dos hermanas gemelas que se querían con locura. Sus nombres eran Luisa y Patricia.

Las dos niñas crecieron juntas, amándose cada vez más y dedicando las tardes a cantar tradicionales canciones infantiles. Todo lo compartían. En su casa, habitación; en la escuela, pupitre, y en la vida, el amor mutuo, que es una cosa que suele darse muy de vez en cuando.

—¡Cuánto te quiero, Patricia!

—¡Cuánto te adoro, Luisa!

Y así pasaban los días, dulcificándose la vida con frases hermosas que se intercambiaban con amor.

—¡Qué suerte ser tu hermana, Patricia!

—¡Qué privilegio ser la tuya, Luisa!

Pero como quiera que el tiempo pasa y la vida se comporta de un modo indiferente a los asuntos humanos, las niñas crecieron y tuvieron que separarse. Patricia debía marchar a Australia por cuestiones que no es necesario narrar aquí.

—¡Qué espanto separarme de ti, Luisa! —le dijo Patricia a su hermana en el aeropuerto, segundos antes de embarcar.

—¡Es repugnante, hermanita! ¡Tengo tanta pena que mi estómago envía al cerebro señales de tristeza que me generan hasta ganas de vomitar!

—Y además me voy a Australia, que es el lugar más alejado del mundo. ¿Serás fuerte, hermanita?

—No te puedo prometer nada. Tal vez me derrumbe irremediablemente.

Y se abrazaron llorando hasta que la megafonía del aeropuerto dejó claro que no había tiempo para más.

Tardó Patricia quince horas en llegar a Australia. Mientras tanto, en Ávila, Luisa lloraba desconsoladamente abrazando una almohada.

—¡Qué asco de vida, Dios mío!

Esa misma noche, desde sus camas, las dos hermanas tuvieron una emocionada conversación telefónica.

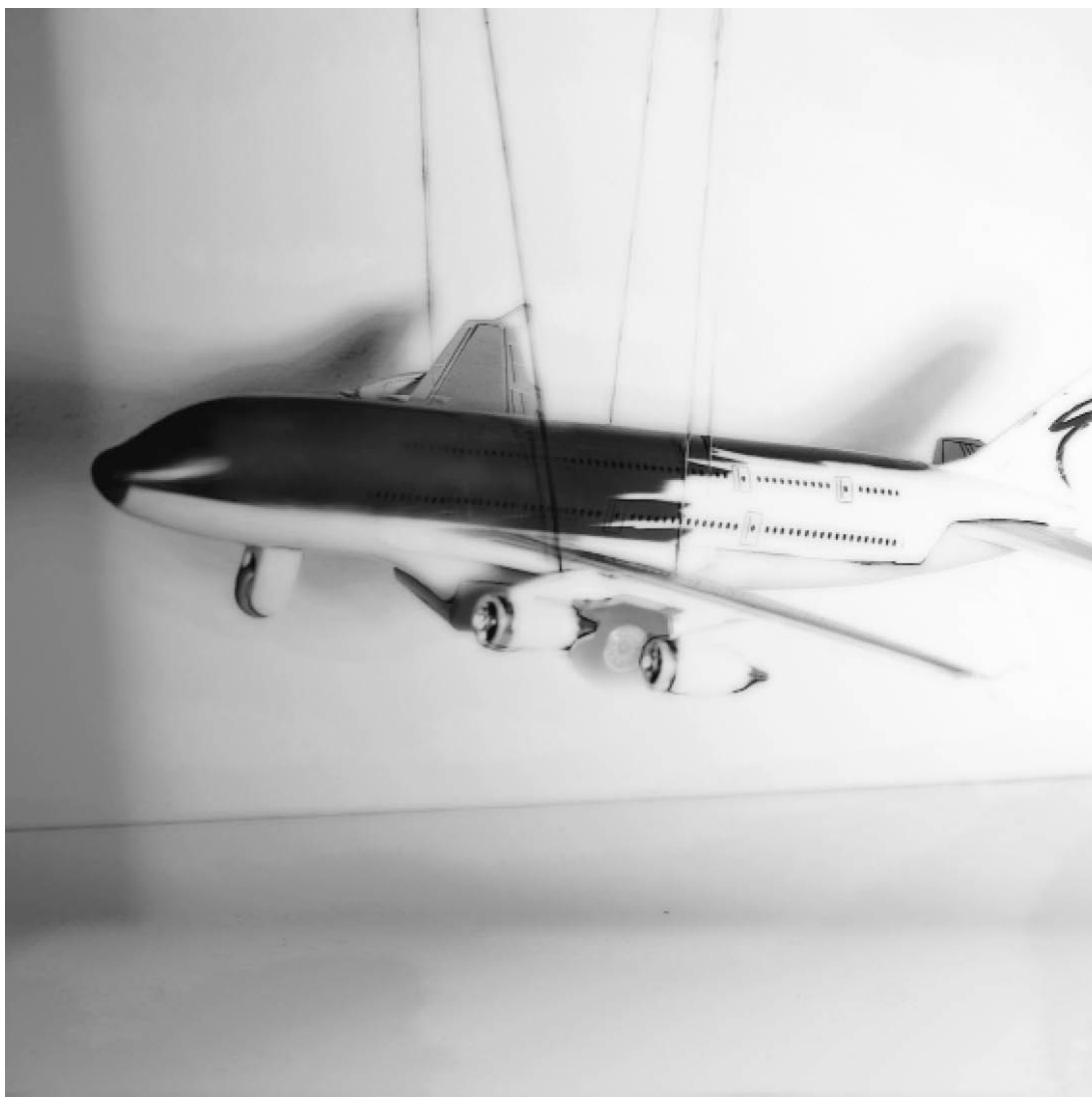
—Ávila sin ti está muy vacía.

—Y sin ti Australia es una mierda.

La charla duró aproximadamente dos horas, en las cuales cada vez eran más tristes las frases de las gemelas. Pero en el minuto cuarenta y dos de la segunda hora Luisa tuvo una idea excelente.

—Oye, Patricia, Australia está en las antípodas de Ávila, ¿verdad?

—Sí, Luisa, pero no es necesario que nos recreemos todavía más en el dolor.



—No te lo digo por eso. Ya hemos llorado todo lo que dan de sí nuestros lagrimales. Lo comento porque, tal vez, podamos estar algo más juntas.

Y fue entonces cuando Luisa expuso su fantástico plan.

»Mira, Patricia. Sólo tenemos que poner nuestras camas medio metro más abajo de lo que están. Si lo hacemos las dos, estaremos un metro más juntas.

Un solo metro no era mucho y Luisa lo sabía, pero tenía fe en que ese mínimo grado de acercamiento fuera interpretado como un precioso símbolo por su querida hermana.

—Me parece una idea preciosa, hermanita.

—¿Entonces lo hacemos?

—Hagámoslo, venga.

Colgaron el teléfono y Luisa, con la ayuda de una pala, cavó en el suelo de su habitación un hoyo de medio metro de profundidad. Cuando lo hubo terminado, colocó ahí su cama y se tumbó satisfecha.

—¡Acabo de acercarme a mi hermana! —gritó entusiasmada.

Y en las antípodas, Patricia, refunfuñando, dijo a media voz:

—¡Maldita Luisa! ¿Entenderá algún día que me largué de Ávila huyendo de ella con la esperanza de empezar a ser yo misma?

Y levantándose de la cama, subió unas pequeñas escaleras que la condujeron a la litera de arriba.

La autoestima

Había una vez, en un país muy lejano, un señor que de tanto leer a Cervantes se volvió completamente loco.

Después de leer quinientas veces *El Quijote* alterose su juicio e imaginó que él era el caballero de la Triste Figura.

Era dueño de un precioso pura sangre, pero él estaba convencido de que se trataba del flaco Rocinante.

En su mente alterada creyó que otro de sus maravillosos caballos era un burro y se lo regaló a un amigo suyo que medía metro noventa, tenía los ojos verdes y era rematadamente guapo, aunque él lo veía pequeño y regordete como Sancho Panza.

La novia de nuestro protagonista, una mujer de rostro precioso y tipo estupendo, tornose en su imaginación fea como Dulcinea del Toboso.

En aquel país había muchos gigantes. Estaban por todas partes, moviendo ágilmente sus inmensos brazos en el aire y generando el pánico a toda la población. Sin embargo, el pobre loco imaginaba que eran molinos de viento.

—Son gigantes, ¿no lo ves? —le preguntaban perplejos sus conciudadanos.

—Os equivocáis —respondía él, seguro de sí mismo—. Son molinos accionados por la poderosa fuerza de los vientos. Los gigantes no existen.

En su andar por el mundo se topó con personas sensibles e ilustradas que él imaginaba palurdos sin estudios. A más de un caballero confundió con un rufián, y a más de una dama, con una prostituta.

Muchas aventuras vivió, grandes hazañas donde él era un héroe indiscutible y todos le aplaudían. En su mente enferma, claro está, imaginaba que siempre hacía el ridículo.

Salvó a mujeres, se batió en duelo, demostró siempre su sagaz inteligencia, pero murió convencido de que en toda su vida no había hecho más que tonterías.

Segundo piso, puerta A

Había una vez, en un país muy lejano, un hombre alto y delgado que se llamaba Juan. Acababa de comprarse un piso en una céntrica ciudad y, como todo el mundo, colocó una placa con su nombre y su piso en el buzón: *Juan Ramírez Cano. 2º A.*

Miró la placa, plateada y brillante y se dijo:

—No me gusta. No me define con precisión. Yo no soy simplemente un hombre llamado Juan Ramírez Cano que vive en el segundo A.

Así que decidió añadir también su profesión: *Juan Ramírez Cano. Taxista. 2º A.* Pero tampoco se sintió satisfecho.

—Yo soy más cosas —dijo en voz alta frente a su placa.

Y encargó una nueva ampliación, esta vez añadiendo su fecha y lugar de nacimiento: *Juan Ramírez Cano. San Pedro, Albacete, 2 de abril de 1945. Taxista. 2º A.*

Eso estaba mucho mejor, obviamente, pero el hombre seguía teniendo la sensación de dejarse algo.



—Cada uno de nosotros somos muchas cosas —pensaba— y un buen buzón debería reflejarlo.

Siguió añadiendo: *Juan Ramírez Cano. San Pedro, Albacete, 2 de abril de 1945. Taxista. De vez en cuando tengo ansiedad. 2º A.*

Pero ¿y su vida entera, con sus primeros y sus segundos amores, con sus alegrías y sus proyectos? Eso debería constar en su buzón.

—Haré otra ampliación —decidió satisfecho.

La placa empezaba a ser angustiosamente grande. Medía ya cuarenta centímetros cuadrados y empezaba a tapar al resto de los buzones: *Juan Ramírez Cano. San Pedro, Albacete, 2 de abril de 1945. Me enamoré de una niña a los doce años, pero no me hizo demasiado caso. Todavía pienso en ella. Tengo ansiedad. Soy taxista, pero me hubiese encantado ser profesor. 2º A.*

Juan no pudo parar y fue ampliando el texto cada semana. Al cabo de tres meses la placa metálica medía veinticuatro metros de alto por catorce de ancho y tapaba completamente la fachada del edificio. Contaba su vida entera, narrando con

meticuloso detalle cientos de anécdotas importantes de su infancia, su adolescencia, su juventud y su madurez. Casi todo estaba relatado allí.

Los vecinos, claro está, se quejaron porque aquella pieza metálica les quitaba la vista desde sus balcones, y una tristísima mañana la grúa municipal se llevó la placa ante el alegre aplauso de la comunidad de propietarios.

Pero Juan no se puso triste por ello. Al menos, durante un tiempo, todos supieron quién era.

La normalidad

Había una vez, en un país nada reseñable, una niña llamada Susana que no se caracterizaba por nada especial.

Un día muy vulgar la jovencita salió de su casa y se encontró con un amigo bastante corriente. Éste le formuló una pregunta muy habitual, y ella le contestó algo que resultó ser francamente trivial.

La chiquilla volvió a su casa y se encontró con su padre y ambos mantuvieron una conversación con absoluta normalidad.

Susana subió a su habitación, se tumbó en la cama y leyó un libro muy común hasta que su madre, una mujer vulgar, le dijo en su tono de voz acostumbrado que la cena estaba preparada.

Bajó al comedor y cenó en un tiempo estándar una comida repleta de sabores frecuentes.

Al día siguiente Susana fue al colegio. Allí su profesora, una mujer bastante previsible, impartió una lección muy típica sobre la historia de Francia.

Al terminar el colegio, nuestra amiga volvió a su casa, cenó algo poco original y se fue a dormir.

Tuvo sueños que no la sorprendieron, y al despertar desayunó junto a su padre de un modo bastante usual.

Después de comerse una tostada tradicional Susana miró a su padre y le dijo:

—Papá, estoy cansada de vivir.

Asustado, el hombre le preguntó:

—Pero ¿qué estás diciendo, mi amor?

—Que estoy harta de que en mi vida todas las cosas que me ocurren sean normales. Me levanto, desayuno, voy al colegio, camino, vuelvo a casa, hablo contigo, ceno, duermo, me levanto y vuelta a empezar.

Y su padre, un hombre convencional, mirando fijamente a su preciosa hija, dijo algo extraordinario:

—Querida hija, ¿acaso crees que son normales esas cosas que has señalado? ¿Consideras normal levantarse, caminar, desayunar, ir al colegio, cenar y hablar conmigo?

Susana, perpleja, no podía dejar de mirar fijamente a su padre.

—Todo eso que tú ves como sucesos corrientes —prosiguió el buen hombre— son, en realidad, hechos extraordinarios, porque estás viva. Y estar vivo, Susana, es lo más especial y raro que puede sucederte.

—No estoy de acuerdo contigo, papá —continuó tercamente la niña—. Tienes razón al decir que la vida es magnífica, pero eso no invalida mi razonamiento. Sigo necesitando que ocurran cosas extraordinarias para que la existencia sea mejor todavía.



Y mirando con rabia al cielo Susana gritó:

—¡Que me pase algo extraordinario ya!

Al instante se cumplió su deseo. Un gigantesco meteorito de cuatrocientos kilómetros de diámetro que llevaba miles de años acercándose a nosotros desde el frío espacio se estampó contra la superficie de nuestro planeta, y eliminó a Susana, a su padre, a sus normales amigos y a todos los habitantes de la Tierra.

La lengua materna

Había una vez, en un continente muy lejano, unos novios que estaban muy enamorados. Como suele ocurrir en estos casos, a esa pareja le dio por cambiar un poco su manera de hablar.

Por ejemplo, en vez de decir «sí», decían «zí», y todo lo pronunciaban con una voz infantil, añadiendo cada vez más palabras a su idioma particular.

Pasaron los años y su lenguaje de enamorados se fue haciendo más completo. Escucharles hablar era un espectáculo. Casi todas las palabras habían sido sustituidas por otras de su lenguaje privado.

Nadie les entendía.

—¿Chisd kok rouf in? —preguntaba él.

—Gooi iooo foyyyt —respondía ella.

Cuando llevaban ocho años de noviazgo, habían olvidado completamente su lengua materna.

Como tenían afición a practicar el sexo, acabaron teniendo hijos, y éstos aprendieron la forma de hablar de sus padres, y los hijos de sus hijos transmitieron a los hijos de los hijos de sus hijos este lenguaje de enamorados que surgió sin que nadie se diera cuenta.

Al cabo de mil años existía una población de millones de humanos que hablaban un lenguaje inventado por unos novios antiguos.

Crearon una civilización, una industria, un comercio y una ciencia. Se redactó la constitución con el lenguaje de los enamorados y todos los libros se escribían en ese idioma.

Cuando pasaron diez mil años, en un lugar perdido de ese continente lejano, otra pareja de enamorados empezó a cambiar mimosamente palabras para crear otro lenguaje íntimo, y de nuevo se generó un nuevo idioma, y luego otro y otro.

Y éste es, queridos niños, el origen de los distintos idiomas que existen sobre la Tierra.

Los candados

Había una vez, en un país muy lejano, una niña llamada Visitación que un buen día decidió marcharse de vacaciones a una isla del Pacífico.

—Mañana mismo tomo el barco —dijo ilusionada.

Visitación hizo su maleta e introdujo en ella vestidos, abalorios y todo aquello que consideró útil para su estancia isleña.

Cuando hubo terminado, pensó:

—Necesitaría un candado para cerrar la maleta. En un momento de despiste podrían robarme todo lo que contiene y eso supondría una tragedia.

Así que, siguiendo un razonamiento lógico, compró un precioso candado y lo colocó en la maleta. Ahora ya no tenía de qué preocuparse.

Visitación miraba entusiasmada su nuevo candado. Era realmente bonito. Tan lindo le parecía que se dijo:

—Es magnífico. ¡De hecho, es más bonito que todo lo que tengo dentro de la maleta!

Y empezó a preocuparse pensando que podrían robarle su candado. Estaba tan a la vista y era tan hermoso que cualquiera podría encapricharse de él.

—Algo tan lindo hay que ocultarlo. Lo guardaré dentro de la maleta.

Pero, claro, eso le provocó un dilema de orden mayor que la obligó a reflexionar lo siguiente:

—Ahora debo comprar otro candado para proteger la maleta, en cuyo interior he depositado el candado anterior.

Lo compró y le volvió a ocurrir lo mismo. Su nueva adquisición era tan bonita que al instante tuvo miedo de que se la robaran.

—Guardaré también el nuevo candado dentro de la maleta. Obviamente, tendré que comprar otro, pero el gasto merece realmente la pena.

Compró otro candado, que también le gustó muchísimo, y volvió a decidir introducirlo dentro de la maleta.

Y luego otro candado y otro y otro y otro.

Y otro.

Y otro más.

Hasta que la maleta se llenó de candados y la niña tuvo que arrastrar durante todo su viaje a la isla una maleta llena de pesadísimos kilos de metal.

—Vaya porquería de viaje —refunfuñó Visitación—. El año que viene no cometeré el mismo error. Nada de isla en el Pacífico. Mejor una en el Atlántico.



La bella Irene

Había una vez, en un país muy lejano, una dulce jovencita llamada Irene. No tenía novio, aunque era radicalmente bella y delicada.

—Estoy muy bien sola —decía siempre a todas sus amistades.

Una noche, durante una fiesta juvenil, ella y su amiga Margarita se estaban haciendo reír poniendo extrañas caras.

—¡Mira qué fea me pongo, Margarita!

Y el rostro de Irene quedó deformado por una espantosa mueca.

—¡Estás horrible! —le dijo su amiga entre risas.

Antes de que su cara volviera a relajarse se le acercó un apuesto joven que de esta manera le habló:

—Eres la mujer más hermosa que he visto en toda mi vida.

Irene no supo qué responder. A aquel guapísimo muchacho ella le había parecido una belleza a pesar de su expresión deformada. Y pensó:

—Dios mío, ¿qué hago? A este bombón le parezco hermosa estando deformada. No pienso dejar de hacer la mueca en toda la noche.

Y con un tremendo esfuerzo aguantó esa horrible cara toda la velada.

La fiesta se prolongó hasta las seis de la madrugada. Irene no podía más, pero el interés que le generaba el guapísimo joven le impedía mostrar su auténtico rostro.

A las seis y cinco minutos, cuando los invitados estaban a punto de despedirse, pasó lo que en ocasiones suele ocurrir.

Se besaron.

—Besas de fábula —aseguró el joven, cuyo nombre era Gregorio.

—Tú tampoco besas mal —respondió Irene con los ojos todavía entornados.

Quedaron en verse al día siguiente y cumplieron su promesa, pero nuestra amiga continuaba con su extraña mueca.

—Estás más guapa que anoche, preciosa.

—Gracias —respondió Irene manteniendo la tensión mandibular.

Volvieron a quedar muchas veces y la relación parecía funcionar de maravilla. Tanto que una radiante tarde del mes de mayo Gregorio decidió por fin pedir a Irene en matrimonio.

—¿Harías feliz a este hombre que te habla aceptando convertirte en su esposa?

Irene estaba feliz, pero obviamente también muy preocupada. Si se casaba con él, tal como era su deseo, tendría que decirle la verdad y relajar por fin su rostro.

—Acepto convertirme en tu esposa, Gregorio de mi corazón.

Pero no dejó de hacer la mueca.

Y se casaron.

Y pasaron veinte años.

Y tuvieron once hijos.

Es fácil comprender el esfuerzo que nuestra amiga hacía durante tanto tiempo para mantener la feísima cara que puso el día de aquella lejana fiesta. Nunca descansaba. Tenía que estar preparada a cualquier hora del día por miedo a que su marido pudiera sorprenderla.

Pero un día no pudo más y decidió sincerarse. Los once hijos estaban intentando acabar un puzle de la cara del físico Max Planck cuando de esta manera habló:

—Esposo mío, he de decirte algo.

Y Gregorio, doblando el diario que estaba leyendo y dedicándole una dulcísima sonrisa, le respondió:

—Te escucho, luz de mi vida.

Irene se puso en pie y empezó a decir:

—Cuando tú y yo nos conocimos, la imagen que te di no es realmente la mía.

—¿Qué quieres decir?

—Que estaba haciendo muecas, que aquel rostro que tanto te gustó no era el mío, como mío no es el que ahora mismo estás viendo. En realidad, Gregorio, soy así. Mírame.

Y relajó Irene el rostro delante de su amado por primera vez en diez años.

—¿Has visto? Ésta soy yo. Así soy, te guste o no.

Los once hijos, que en ese preciso instante terminaron el puzle, dijeron al unísono:

—¡Mamá, siempre con tus bromas!

Y Gregorio añadió:

—Eres un encanto, corazón. Adoro tu sentido del humor.

Y continuó leyendo su periódico sin inmutarse.

Irene no entendió nada hasta que, de reojo, observó su rostro en el espejo del salón. Tantos años con esa mueca habían alterado su cara de manera permanente.

La omnisciencia

Había una vez, en un país muy lejano, un simpático niño llamado Ignacio que vivía con sus padres en un precioso palacio del siglo XVII.

—¡Qué bonita es mi casa! —exclamaba varias veces al día.

Nuestro amigo se pasaba las tardes deambulando por los preciosos jardines que rodeaban su residencia, ora entretenido observando un crisantemo, ora embelesado contemplando un nogal.

Un buen día llegaron al castillo sus tíos y sus primos para pasar una agradable tarde en perfecta armonía familiar.

—¿Cómo estás, Ignacio? —le preguntó su tío Alejandro.

—De maravilla. Lo cierto es que difícilmente podría irme mejor. ¿Qué sabes de Eduardo?

Queridos lectores, he de reconocer públicamente que no sé quién es Eduardo.

—Eduardo está algo mejor. Ahora vive con Susana.

Lamento comunicaros, aunque me cueste muchísimo hacerlo, que tampoco sé quién es esa Susana de la que tío y sobrino estaban hablando.

—Le irá bien vivir con Susana —repuso Ignacio—, sobre todo después de lo mal que lo pasó en Montreal.

Es muy duro para el narrador de un cuento reconocer que se está perdiendo un elevado porcentaje de lo que ocurre en la historia que pretende contar. Pero, si he de ser sincero, desconozco absolutamente qué pudo pasarle a ese tal Eduardo en Montreal.

—Fue espantoso —continuó hablando el tío Alejandro—. Nunca olvidaremos la tragedia y, aunque digan que el tiempo todo lo cura, fue tanto lo que padeció allí el muchacho que ni cien siglos podrían empezar a borrar el impacto de lo que experimentó.

Lo siento, lectores, estoy avergonzado. Voy muy perdido.

—Pero él es fuerte —declaró Ignacio con un repentino optimismo—. Seguro que en un par de años volverá a sonreír.

Renuncio, de verdad. Pretendía ser un narrador omnisciente, un profesional de la redacción objetiva de los hechos, pero no me estoy enterando de nada.

—Pero no es tan fuerte como Jacinto, el propietario de la imprenta —le respondió su tío.

Lo dicho, que no sé de qué hablan estos dos. Para compensar os dejo una moraleja a la antigua usanza: Queridos niños y niñas, nunca os fiéis de los que aparentan saberlo todo, porque no existe la omnisciencia.

—Por cierto, precioso castillo del siglo XV —dijo el tío Alejandro, presumiendo de sus exactos conocimientos.



El especialista

Había una vez, en un país muy lejano, un señor de cincuenta y cuatro años llamado Fernando que era bastante cobarde.

Un buen día nuestro amigo fue al cine a ver una película de James Bond y se quedó maravillado al ver las escenas de acción.

Mientras en la pantalla desfilaban los títulos de crédito, su mujer, Matilde, le dijo que quien hacía toda esa parte peligrosa no era el actor, sino un doble, un especialista.

Aquello produjo una honda impresión en Fernando. Tanto que, al salir del cine, mientras él y su esposa caminaban sin decirse nada, tuvo la gran idea.

—¿Por qué no tener yo también —pensó entusiasmado— un especialista para que haga las cosas arriesgadas de mi vida?

Al día siguiente puso un anuncio en el periódico que decía: «Busco especialista para que realice las acciones peligrosas de mi vida personal».

Transcurrió una semana y un desconocido con voz elegante llamó para manifestarle que estaba interesado en interpretar ese papel, pero quería tener más datos acerca de cuáles serían sus ocupaciones.

—Ha de hacer usted todo lo que suponga un riesgo para mí —le informó Fernando—. Tendrá que soportar las broncas de mi jefe, sustituirme en las discusiones con mi mujer y cosas por el estilo.

El hombre aceptó el trabajo y desde ese momento se convirtió en el especialista de la vida de Fernando. Siempre iba a su lado, esperando a que se produjera una situación peligrosa para actuar inmediatamente.

Una tarde de domingo, mientras el especialista estaba discutiendo con la mujer de nuestro protagonista, pasó algo extraordinario. Matilde se enamoró de aquel hombre que no tenía miedo a enfrentarse valientemente a las cosas.

Fernando lo notó al instante, porque reconoció en la mirada de su esposa el mismo brillo que, veinticinco años antes, había observado cuando se enamoraron.

—Te has enamorado de él, ¿verdad? —le preguntó triste nuestro amigo.

—Como una perra. Un hombre se mide en las situaciones arriesgadas y tú eres un cobarde. Vete buscando un abogado, porque tu especialista y yo tenemos previsto casarnos en breve. Se está divorciando de su esposa y, en cuanto lo haga, legalizaremos nuestra unión.

Matilde y el especialista empezaron a hacer esas cosas que suelen ser habituales entre los enamorados: caminar de la mano, subrayar las coincidencias y besarse en la boca, haciendo girar la lengua de un modo francamente extraño.

Un día, mientras estaban paseando en un parque, ella le preguntó:

—¿Qué falló en tu matrimonio anterior?

Y el especialista, algo cohibido, le respondió con una voz debilísima:

—No funcionó. Era una relación imposible. Ella tenía mucho carácter y

continuamente decía que yo era un absoluto cobarde.

La crisis de los cuarenta

Había una vez, en un país muy lejano, una bruja malísima que se pasaba el día preparando pócimas para convertir a los humanos en sapos.

—Hoy llevo ya veinte personas transformadas en repugnantes bufónidos —se decía entre risas, orgullosa de sí misma.

A eso dedicaba el día entero. A pesar de tener solamente treinta y nueve años, su maldad la había envejecido y aparentaba tener más de cien.

Llegó la fecha de su cumpleaños, que celebró carcajeando a solas. Para simbolizar la vela y el pastel clavó una afilada aguja en el vientre de un muñeco de peluche. Su risa malvada se interrumpió al llegarle inesperadamente la crisis de los cuarenta. Mirando su reflejo en un lago verdoso, pensó:

—Aunque me resulte duro aceptarlo, ya no soy una cría. Llevo toda la vida haciendo el mal. He convertido en sapo a siete millones de adultos y eso, ciertamente, no conduce a nada. Desde ahora quiero ser una mujer bondadosa, cargada de extraordinarias cualidades éticas y morales.

Pese a su bienintencionado deseo no se le ocurría el modo de llevarlo a la práctica. Dio mil vueltas a su extraño cerebro para obtener una respuesta, hasta que le llegó la inspiración mientras observaba sus prematuramente envejecidas manos.

—¡Ya lo tengo! —exclamó feliz—. ¡Haré una pócima especial para tornarme bondadosa y la beberé!

Con la repentina velocidad que genera la alegría, introdujo en una gigantesca olla pétalos de flores y rarísimas plantas orientales que, al ingerirlas, la convertirían inmediatamente en una persona excelente.

—Meto en esta olla un trocito de margarita —murmuraba ilusionada—, le añado un poco de menta nepalí y un tallo de tulipán japonés.

Calentó la mezcla a fuego bajo y la dejó reposar veinte minutos. Dispuesta estaba a beberla cuando un absurdo tropiezo hizo que la olla cayera al suelo, echando a perder todo el trabajo.

—¡Maldita sea! —exclamó la bruja—. ¿Cómo ha podido pasarme algo así?

Tanto se enfadó por lo sucedido que decidió no preparar otra pócima.

—¡Sigo siendo mala y ya está! —gritó encolerizada—. Tal vez ser perversa es mi misión en la vida.

Pero ocurrió algo que no estaba previsto. Desde aquel momento la bruja se sintió buena persona.



Extrañada, se palpó el cuerpo con las manos para dar crédito a su nueva existencia y se dijo:

—No lo entiendo. Tengo ganas de hacer el bien pese a no haber bebido la mezcla milagrosa.

La cuarentona reflexionó sobre cuál podría ser la causa de su cambio repentino. Acostumbrada a sus artes atávicas, no acertaba a comprender que algo pudiera ocurrir sin necesidad de emplear métodos paranormales. Sin embargo, no le costó demasiado llegar a obtener la respuesta correcta.

Su deseo de ser buena ya la convirtió en buena, y cualquier solución milagrosa resultó ser absolutamente innecesaria.

Papá

Había una vez, en un país muy lejano, un niño de seis años llamado Emilio que tenía un poder muy especial. Cada palabra que decía se materializaba.

Si el niño decía la palabra «teléfono», al instante aparecía un teléfono real a su lado. Si decía «gato», un gato vivísimo surgía ante él.

Esta capacidad sobrenatural no resultaba tan placentera como pueda parecer a primera vista, porque en ocasiones las palabras que se pronuncian no tienen una materialización agradable.

Una tarde del mes de marzo, mientras estaba Emilio en el colegio, pronunció su recién aprendida palabra «acueducto» y apareció frente a él una magnífica y gigantesca construcción romana de piedra que destrozó el aula en la que él y sus compañeros de clase se encontraban, hecho que provocó la repentina muerte del director del centro. Cuando su padre fue informado de lo sucedido, el hombre tuvo plena consciencia del inmenso poder de su hijo.

—Pequeño de mi corazón, ¿si yo te digo una palabra, la dirás? —le preguntó impaciente.

—Claro que sí. ¿Qué palabra quieres que diga?

Como habéis adivinado, el padre de nuestro amigo le ordenó:

—Di la palabra «dinero».

Hemos de comprender al progenitor de nuestro protagonista. Estaba pasando una situación económica preocupante y pensó que gracias a su hijo podría obtener el desahogo que necesitaba.

Lleno de bondad, Emilio pronunció con su vocecita la palabra indicada por su padre.

—Dinero.

Y al instante aparecieron alrededor de él cientos de monedas de oro, magníficas y brillantes.

El padre podría haberse conformado con pedir a su hijo que hiciera lo mismo de tanto en tanto, solamente cuando fuera preciso, pero se apoderó de él la avaricia y esclavizó día y noche a Emilio para que pronunciara sin parar la palabra dinero.

—Emilio, no hace falta que vayas al colegio hoy. Aún están en obras después de la creación inesperada del acueducto. Quédate en casa y di todo el rato la palabra dinero, corazón.

Y el pequeño, triste y solo, repetía continuamente lo que su padre le indicaba.

—Dinero, dinero, dinero.

En ocasiones, de tanto decir la misma palabra, el crío se equivocaba y decía «direro» o «dideno» y entonces aparecía un objeto sin forma y difícilmente clasificable, pero los errores eran manifiestamente inferiores a los aciertos.

—Dinero, dinero, dinero.

Así estuvo Emilio hasta que cumplió doce años, encerrado en una habitación en la que cada vez había más y más dinero.

El padre de nuestro amigo entró una mañana y, como era su costumbre, recogió las monedas creadas durante la noche. Hecho esto, ordenó de malos modos a su hijo que continuara pronunciando esa palabra.

El niño Emilio, ya en la preadolescencia, mirando a los ojos de su verdugo, quiso pedirle que dejara de esclavizarlo. Llevaba años ensayando mentalmente la frase que le diría a su padre para que éste dejara de martirizarlo. La frase era: «Papá, quiéreme y dame la libertad».

Así que Emilio se armó de valor y decidió pronunciar por fin su petición. Empezó diciendo:

—Papá...

Pero antes de que terminara la frase, su magia volvió a ser eficaz. Al decir la palabra «papá» apareció a su lado un señor que nunca había visto antes, pero que, sospechosamente, se parecía mucho a Emilio.

El pequeño se dijo a sí mismo:

—¡Dios mío, qué raro! ¡Acabo de decir «papá» y ha aparecido un señor que se parece mucho a mí, pero que no es aquel a quien yo siempre he considerado mi progenitor!

El padre auténtico liberó a su hijo y el falso padre tuvo que escapar corriendo.

Mientras el avaro huía a gran velocidad, intentando llevarse el mayor número de monedas posible, Emilio, poseído por la venganza, recordó la muerte del director de su escuela y pronunció la palabra «acueducto», lo que provocó la muerte instantánea del fugitivo, cuyo cuerpo quedó sepultado bajo ochocientos kilos de piedra procedente de la campiña italiana.

A partir de entonces Emilio y su padre verdadero vivieron felices sin que nadie esclavizara a nadie. A su felicidad también ayudó, honrado es decirlo, estar en posesión de una gigantesca fortuna.

El fin del mundo

Había una vez, en una ciudad bastante fea, un matrimonio que estaba tremendamente enamorado.

Un buen día Santiago, que así se llamaba él, en un ataque de amor fuera de lo común le dijo a su esposa:

—Visitación, contigo iría al fin del mundo.

Y ella, sin pestañear, le contestó:

—De acuerdo, llévame.

Santiago se quedó perplejo.

—Mi amor, era una forma de hablar —le aclaró inmediatamente—. Es una frase hecha, una de esas cosas que se dicen sin pensar.

Pero Visitación, sin alterarse, insistió:

—Déjate de tonterías. Tú llévame al fin del mundo. No se pueden ir prometiendo cosas y luego echarse para atrás.

Santiago simuló no haberla escuchado, pero su mujer no olvidaba fácilmente las cosas. Cada mañana, durante el desayuno, ella le preguntaba desafiante:

—Santiago, ¿cuándo nos vamos al fin del mundo? Yo preparo el equipaje en un momento.

El pobre hombre no sabía qué hacer. Entró en tal estado de ansiedad que dejó su trabajo y empezó a deambular solo por las calles.

En uno de sus indolentes paseos se topó con una agencia de viajes en cuyo escaparate podía leerse claramente: «Viajes al fin del mundo desde dos mil euros».

Pensó que aquello debía de ser una broma, pero cuando entró en la agencia enseguida supo que la oferta era absolutamente real. En efecto, allí se organizaban viajes hasta el fin del mundo.

—Déme dos billetes, por favor —ordenó a la preciosa chica que ocupaba el mostrador.

Llegó a casa y, lleno de entusiasmo, le enseñó los billetes de autocar a Visitación diciéndole:

—Mañana mismo partimos al fin del mundo. Haz las maletas, mi corazón.

Ella sonrió y él supo entender que en esa sonrisa se escondían todo el amor y la admiración del mundo.

—Gracias, Santiago. Sabía que lo ibas a conseguir.

Fueron a dormirse pronto aquella noche, y al día siguiente tomaron un autocar de color violeta. Después de cuarenta y seis horas de cansado viaje pudieron leer, tras la loma de una montaña, un gigantesco cartel que decía: «BIENVENIDOS AL FIN DEL MUNDO». Fue, sin duda, el momento más emocionante de sus vidas.

Bajaron alegres del autocar y, mirando a derecha e izquierda, observaron que el fin del mundo estaba lleno de cientos de miles de parejas que habían llegado antes que

ellos.

La sonrisa se les borró de inmediato cuando comprobaron, asustados, que en el fin del mundo todos estaban tristes y ya no tenían nada que decirse. La mayoría bostezaba, y resultaba evidente que habían dejado de quererse.

—Cariño, vámonos de aquí antes de que esto nos pase a nosotros —dijo temblando Visitación—. Donde han de estar los enamorados es en el centro del mundo.

—Tienes razón, mi amor. Larguémonos cuanto antes. El fin del amor llega cuando se llega al fin del mundo —sentenció Santiago, orgulloso de su pomposa declaración.

El amor

Había una vez, en una aldea muy lejana, un señor soltero llamado Francisco que deseaba con todas sus fuerzas casarse lo antes posible.

Había pedido en matrimonio a todas las mujeres de la aldea, pero ninguna había aceptado su propuesta.

Un buen día Francisco se dijo a sí mismo:

—He intentado casarme con todas las mujeres de esta zona y todas me han rechazado. Tendré que tomar una fuerte determinación.

Sin embargo, por mucho que le diera vueltas, no lograba averiguar cuál era la mejor forma de conseguir su preciado objetivo.

Un amigo suyo le ofreció una posible solución.

—Francisco, tal vez deberías ampliar tu campo de acción. Está claro que aquí, en nuestra aldea, no tienes nada que hacer. Inténtalo con todas las mujeres del país.

—Pero ¿cómo puedo hacer algo así? —preguntó el pobre hombre—. Sabes que no me gusta viajar.

—Muy fácil; coges un listín telefónico y llamas a todas las mujeres del país. Sólo tienes que preguntarles si están dispuestas a convertirse en tu esposa.

Aunque se trataba de una propuesta ciertamente descabellada, decidió intentarlo de todas formas.

Y empezó a marcar números telefónicos.

—Sí, dígame.

—Hola, ¿te quieres casar conmigo?

—No, en absoluto.

—Adiós.

—Adiós.

Aquel primer rechazo no desilusionó a Francisco, que con su guía telefónica en la mano continuó marcando números.

—Sí, diga.

—Disculpe que la interrumpa en lo que estuviera haciendo. ¿Le gustaría convertirse en mi esposa?

—Ya estoy casada.

—Perdone, pues. Adiós.

—Adiós.

La guía telefónica era voluminosa, y cuando la terminara habría otros tomos, cada uno perteneciente a una ciudad distinta. Con paciencia acabaría logrando su objetivo.

—Sí, dígame.

—¿Se casaría usted conmigo, por favor?

—Cuelgue inmediatamente y deje de molestar.

—Perdón. Adiós.

Más de diez horas diarias dedicaba Francisco a su tarea de encontrar esposa, y las respuestas siempre eran negativas. Pese a su confianza en ese método, estuvo tentado de abandonarlo en muchísimas ocasiones, pero algo dentro de él lo hacía mantener encendida la esperanza.

Pasaron veinte años de llamadas telefónicas diarias, hasta que un día, marcando el número de una señora cuyo nombre apareció en el listín de Ávila, ocurrió lo que siempre había estado esperando.

—Sí, dígame.

—¿Le gustaría convertirse en mi esposa?

—Me encantaría.

—¿Acepta, pues?

—Acepto con los ojos cerrados, claro que sí.

Francisco, acostumbrado a los rechazos, no supo qué decir. Separó el auricular del teléfono unos veinte centímetros, lo miró aterrado y volvió a colocárselo en la oreja.

—¿Sigue usted ahí? —preguntó la mujer de Ávila.

—Sí, aquí estoy, disculpe.

—Bueno, ¿cuándo nos casamos, caballero?

Y Francisco, tras tomar aire, respondió:

—Nunca.

—Pero ¿por qué no? ¡Le he dicho que estoy dispuesta a casarme con usted!

—Pues precisamente por eso —respondió Francisco.

Y colgó el teléfono.

Un colegio extrañísimo

Había una vez, en un país muy lejano, un colegio realmente extraño. Allí los niños no iban a aprender, sino a desaprender.

El profesor, Don Pablo, un hombre delgado que había sufrido varios desengaños amorosos, de esta manera hablaba a sus alumnos:

—Prestadme atención, jovencitos. Hoy vamos a desaprender el teorema de Pitágoras.

Y los niños, que al empezar la clase se sabían el teorema de memoria, lo iban olvidando poco a poco hasta acabar ignorándolo por completo. Cuando la extrañísima lección estaba a punto de terminar, Don Pablo formulaba algunas preguntas para asegurarse:

—Rodrigo Gómez, ¿cuál es el teorema de Pitágoras?

—No lo sé —respondía alegre el pequeño.

—Muy bien, así me gusta. Aprobado. Miguel Medina, ¿la suma de los cuadrados de los catetos es igual al cuadrado de qué, exactamente?

Y el adorable Miguel, poniéndose en pie, respondía:

—Lo he olvidado completamente, profesor.

—Así me gusta. Aprobado también tú. Mañana desaprenderemos las capitales del mundo. Ya os podéis marchar. Necesito estar a solas.

Pasó la noche y, como viene siendo habitual desde hace cinco mil millones de años, amaneció de nuevo. Los chiquillos acudieron a la escuela para desaprender las capitales del mundo. María y Sofía, dos hermanas muy revoltosas, y Guillermo, un niño dulce como un gato siamés, fueron los primeros en llegar.

—Buenos días, niños —saludó Don Pablo—. Imagino que os sabéis todas las capitales del mundo, ¿verdad?

Los críos contestaron que sí.

—Pues vamos a desaprenderlas —aseguró contentísimo el profesor.

Y Don Pablo dedicaba la hora íntegramente a que sus alumnos olvidaran todas las capitales.

—Capital de Francia, Guillermo.

—No lo sé, Don Pablo.

—Perfecto. Capital de Colombia, Rodrigo.

—Ni idea, señor.

—Magnífico. Eres un genio.

Los niños se sentían muy especiales asistiendo a las clases de Don Pablo. El hombre caía bien entre su alumnado y aunque eso le generaba cierta satisfacción jamás llegó a compensar la tristeza que le producía no haber estado con una mujer en los últimos quince años.



—Mañana os espero a la misma hora. Será el último día antes de las vacaciones de verano. Y ocurrirá algo extraordinario —adelantó Don Pablo a sus alumnos.

—¿Qué ocurrirá, profesor? —preguntó una niña que sufría de los nervios.

—Que desaprenderemos todo. Absolutamente todo. No quedará en vuestros cerebros nada que pueda llamarse conocimiento. Largaos ahora, que me apetece ensimismarme.

Don Pablo se fue a su casa, se conectó a Internet y dedicó un par de horas a chatear con una señora feísima que vivía en las afueras de Londres. No era su ideal de mujer, claro está, pero el pobre infeliz estaba dispuesto a agarrarse a cualquier cosa con tal de realizar un ayuntamiento carnal de una vez por todas.

Llegó la mañana siguiente y, tal como prometió Don Pablo, los niños lo olvidaron todo: la historia de América, los nombres de los planetas y las maravillosas leyes de la química.

En grupos de dos salieron del aula, gritando ilusionados porque les esperaban tres fantásticos meses para no hacer nada.

Al principio de este cuento he dicho que el colegio estaba situado en un país muy lejano. Tal vez lo he escrito así por la costumbre, pero lo cierto es que no está nada lejos de aquí, y es muy probable que a Don Pablo lo veáis cada día en vuestra clase.

Los inmensos jardines

Es posible que existiera una vez, en un país muy lejano, un rey bondadoso que tal vez estaba casado con una reina que quizá fuera hermosa.

Esta reina probablemente le dijo al rey en cierta ocasión:

—¿Te apetece pasear por los inmensos jardines que, con alguna seguridad, tenemos en nuestro palacio?

A lo que es viable que el rey contestara:

—Pues a lo mejor.

Y no es del todo descabellado que pasearan cogidos de la mano por esos tal vez existentes jardines y que allí, cerca de un posible alcornoque, el monarca le dijera a su esposa:

—Probablemente te quiero.

Y es creíble, aunque no podemos estar seguros, que ella le respondiera:

—Puede que yo también.

Es factible que se dieran un beso, aunque también podría ser que jamás se lo dieran.

Un buen día acaso llegó a ese lejano país un viajero montado a caballo que de esta manera habló:

—Probables monarcas, escúchenme.

—Posiblemente te escuchamos —respondió la reina.

Y tras desmontar su pura sangre presumiblemente les preguntó el viajero:

—¿No están ustedes hartos de que no haya nada firme en este lejano país?

—No estoy seguro de entenderte —respondió el rey.

—Quiero decir que aquí no hay nada a lo que podamos agarrarnos. Si lo piensan bien, majestades, en este país no reinan ustedes. Reina la probabilidad.

—Pero la duda es buena. Es la base de la sabiduría —soltó quizá la reina, orgullosa de su cartesiana reflexión.

—La duda es buena —continuó tal vez diciendo el viajero— cuando hay alguna certeza cerca, sea cual sea, pero si no existe nada sólido alrededor, todo queda colgado en el aire, como su probable castillo. Entiéndanme; yo no sé si ustedes tienen jardines o no los tienen, no sé si pasean o no lo hacen, ni siquiera sé si se quieren o se odian. No sé nada de nada.

En ese preciso instante quién sabe si el rey y la reina se miraron aterrados.

—Oye, ¿tú me quieres? —preguntó el monarca.

—Absolutamente —respondió su esposa.

Y al instante fue real el palacio, y empezaron a existir los besos y los alcornoques, y todos los inmensos jardines.

Don Francisco

Había una vez, en un país muy lejano, un niño de seis años llamado Don Francisco. El pequeño Don Francisco no sabía por qué sus papás y todos sus amigos en el colegio lo llamaban con el *Don* delante, teniendo una edad tan tierna. Así que un buen día, queriendo salir de dudas, de esta manera habló a su progenitor:

—Papá, ¿por qué me llamáis Don Francisco?

A lo que su padre respondió:

—Porque eres muy importante, hijo mío.

La respuesta no convenció del todo a nuestro amigo, que continuó preguntando:

—¿Y por qué soy importante?

—Ya lo sabrás algún día —le respondió su padre—, pero te adelanto que eres profundamente importante.

El pequeño Don Francisco, viendo que su papá no tenía previsto responderle, decidió hablar con su maestro, al que preguntó:

—Maestro, ¿por qué soy el único niño al que llaman con el Don delante de su nombre?

—Porque eres muy importante.

—Eso mismo me ha contestado mi padre, pero yo quiero saber por qué soy importante.

Y su estúpido maestro, acariciándose la barba y con la mirada perdida le contestó:

—Lo sabrás a su debido tiempo.

Don Francisco se puso triste como solamente puede estarlo un niño a los seis años. No podía dejar de pensar en por qué él era tan sumamente importante como para ser llamado Don.

—¡Sólo tengo seis años, Dios mío! —se decía a sí mismo mientras lloraba sentadito en una escalera.

Tantas eran las ganas de saber el porqué de su elevado tratamiento que el pequeño Don Francisco, poseído por la curiosidad, decidió optar por el chantaje emocional para lograr arrancar la verdad a su padre.

—Papá, o me lo dices o me mato. Contéstame de una vez. ¿Por qué tengo el Don delante?

Y su padre, asustado por lo que acababa de escuchar, decidió contarle la verdad de una vez por todas a su hijo.

—Porque eres muy importante y...

Antes de que terminara de hablar, el niño, furioso, interrumpió a su padre diciendo:

—¡Eso ya lo sé, maldita sea! Pero ¿por qué soy importante?

—Eres importante, querido hijo, porque tienes el Don delante.



Al oír eso, Don Francisco se quedó perplejo.

—O sea, me llamáis Don Francisco porque soy importante y soy importante porque me llamáis Don Francisco. ¿Eso me estás diciendo, papá?

—Así es, hijo del alma. Y te guste o no, así son todas las cosas en esta vida.

Se quedó Don Francisco pensativo, reflexionando acerca del extraño mundo en el que vivimos, donde a algunos se los trata con respeto porque son importantes, cuando en realidad son importantes solamente porque se los trata con respeto.

Y decidió llamarse Paco.

Inhibidor receptivo de la recaptación de serotonina

Había una vez, en un país muy lejano, una niña muy buena llamada Rosario. La pequeña, además de bondadosa, poseía una belleza fuera de toda discusión.

—¡Qué buena y guapa soy, santo Cristo! —se decía a todas horas, pero no por vanidad, sino como un puro acto de lúcido objetivismo.

Sin embargo, Rosario tenía un problema: era una niña desganada. No le apetecía hacer nada. Vivía en un permanente desánimo que parecía no tener solución.

Los padres de la menor, sabedores del problema de su hijita, decidieron llevarla a un psiquiatra para que le recetara algún fármaco animador.

—Mira, pequeña —le dijo dulcemente el psiquiatra—, tómate esta pastilla y ya verás como al instante te apetecerá hacer cosas. Lo receto siempre y jamás me ha fallado.

—¿Y qué es? —quiso saber Rosario.

—Nada que tenga que preocuparte. Es un inhibidor receptivo de la recaptación de serotonina.

—Pero ¿qué tiene dentro?

—Contiene sertralina como principio activo. Tú tómatela por las mañanas sin preocuparte para nada de su constitución. Te aseguro que, inmediatamente, se te irá el desánimo y volverás a querer hacer cosas.

—¿Y qué es la sertralina?

—Una cosa muy buena. Tómatela, que te irá muy bien.

Rosario regresó con sus padres a casa y se fue a dormir. A la mañana siguiente, después del desayuno, de esta manera habló:

—Mamá, ahora debería tomarme la pastilla que me generará ganas de hacer cosas, ¿verdad?

—Exactamente, hija mía —contestó la madre—. Eso es lo que ahora mismo debes hacer.

—Pues no me apetece tomarla.

Por mucho que su progenitora insistiera, no hubo manera de que la niña ingiriera el medicamento. Así que decidió llevarla de nuevo al psiquiatra.

—Rosario —le habló amigablemente el doctor—, te voy a recetar otra pastilla que te has de tomar para que te apetezca tomarte la pastilla que provocará que te apetezca hacer cosas.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, Rosario pensó:

—Tendría que tomarme la pastilla para que me apeteciera tomarme la otra pastilla que me generará las ganas de hacer cosas. Pero no me apetece tomarla.

Y sus padres decidieron llevarla nuevamente al psiquiatra.

—Mira, niña —le dijo el psiquiatra con total profesionalidad—, esta nueva pastilla te la has de tomar para que te apetezca tomarte la pastilla que hará que te apetezca

tomarte la pastilla que hará que te apetezca hacer cosas.

Y la niña, pasado el tiempo, tenía ante sí una inmensa fila de pastillas, cada una de las cuales estaba diseñada para generarle ganas de tomarse la siguiente.

Una mañana soleada del mes de mayo, cuando Rosario hubo desayunado, se formuló la siguiente pregunta:

—¿Y si empiezo a hacer cosas aunque no me apetezca hacerlas?

Y eso es lo que hizo. Sin ganas fue al colegio. Sin ganas creció. Sin ganas acudió a la universidad. Sin ganas se licenció. Sin ganas preparó una tesis. Sin ganas se doctoró. Sin ganas abrió una consulta psiquiátrica. Y sin ganas recetó inhibidores de la recaptación de serotonina a lindas y bondadosas niñas de todo el mundo.

Como un cuento

No hubo ninguna vez, en ningún país lejano, una princesa con dorados cabellos rubios que fuera la hija de un rey bondadoso.

Ningún día se levanto esa joven de su cama y jamás fue a pasear por los jardines de palacio, y nunca se encontró con un joven y apuesto jardinero llamado Pedro del que se enamorase al instante.

Y puesto que jamás pasó nada de todo eso, el jardinero Pedro nunca le pudo decir a la inexistente princesa que sus ojos eran dos mares profundos, ni la princesa pudo contestarle que por él ella dejaría el imperio de su familia.

Así que la princesa jamás fue a hablar con su padre, el rey, para decirle que el jardinero Pedro era su amor infinito, y el rey nunca le contestó que adelante, que si ésa era su voluntad él aceptaba como yerno a su fiel jardinero.

Por tanto, tampoco pasó que la princesa Susana y el jardinero Pedro se fueran a vivir juntos a otro palacio, y no ocurrió que se casaran ni que fueran felices, ni que tuvieran diez hermosos hijos con los ojos de su madre y la fortaleza de su padre.

Y no sucedió que al cabo de veinte años de matrimonio feliz el jardinero Pedro conociera en otro país lejano a otra princesa con la que engañaba a Susana.

Y no pasó que Susana se enterase de la infidelidad mirando los mensajes de un móvil, y no ocurrió que la pobre princesa, triste y hundida, se pegara un tiro en la nuca.

Jamás ocurrió. Os lo prometo.

Podéis dormir tranquilos.

La fuerza de la pasión

Había una vez, en un país muy lejano, un novelista muy exigente con su obra.

—No me gusta esto. Lo borro —solía decir en voz alta mientras escribía.

Su nombre era Julián y dedicaba todo el día a revisar obsesivamente sus frases con el fin de alcanzar su añorada perfección.

—Sobra este adjetivo —gritaba de vez en cuando, enfadado consigo mismo.

Tras duros años de dedicación constante nuestro amigo consiguió terminar una voluminosa novela de mil cuatrocientas páginas titulada *La fuerza de la pasión*.

—La doy por concluida —se dijo satisfecho.

Pero al instante añadió:

»Aunque, mirándolo bien, creo que sobran algunas cosas. He de dejarla en lo esencial.

Y se dispuso a eliminar párrafos superfluos. Así consiguió reducir su manuscrito a tan sólo novecientas páginas.

—Ahora está mucho mejor, es obvio, pero podemos mejorarlo. Este pasaje, por ejemplo, es perfectamente prescindible.

La novela, tras seis días de intensa poda, quedó en cuatrocientas cuarenta páginas.

—Estos once capítulos no añaden nada a la narración. Y lo que no añade resta.

Y redujo su obra a tan sólo treinta páginas.

—Prefiero un cuento corto con calidad a una gruesa novela que flojee. Quitaré también estas descripciones. Son angustiosamente precisas y falsas. No me las creo ni yo.

Su obra *La fuerza de la pasión* ocupaba ahora solamente una página.

—Yo quitaría estas trece líneas. Son una reiteración con florituras del párrafo inicial.

Julián leyó lo que quedaba escrito, un único párrafo y pareció satisfecho por fin. Pero, evidentemente, quiso continuar mejorando su narración.

—Estas dos frases, en el fondo, están diciendo lo mismo que la frase del principio. Las suprimo.

El trabajo de tantos años quedó reducido a lo siguiente: «Capítulo I. Ángela se despertó agitada».

—Quitaré lo de «Capítulo I», porque eso podría dar pie a pensar que hay más capítulos y no es el caso —reflexionó con cierta lógica.

Estaba tan contento con su tarea de dejar lo esencial de su narración que llegó a aparentar ser más joven de lo que era en realidad.

—Aunque tal vez —continuó cavilando— sobra decir que la protagonista se despertó agitada. Incluso es innecesario decir que se despertó. Es innegablemente mejor centrarse en el personaje y dejar al margen lo accesorio.

Ángela. A esa única palabra quedaba ahora reducida su novela.

—Pero podría ser todo más misterioso si no nombramos a la protagonista. Lo incógnito es mucho más sugerente. Lo dice todo el mundo.

Y decidió dejarlo todo en la letra Á.

—Probablemente estoy dando pistas colocando el acento en la inicial. Si lo elimino, hay más posibilidades. Podría ser «Ana», «Antonia» o «Asunción». Quitaré el acento en la vocal.

A. Una simple A.

—¡Espera, espera! —se dijo a sí mismo—. El trabajo de un genio novelista como yo ha de ser, ante todo, capaz de sorprender. Quitar el acento lo haría cualquiera. Yo he de quitar la letra y dejar el acento.

Miró aquel folio que contenía un único acento, lo introdujo en una carpeta y corrió hasta la editorial para enseñar su obra.

—¡Terminé por fin! —le dijo a su editor—. ¡*La fuerza de la pasión* está lista para llevarla a imprenta! ¡Aquí está!

El hombre miró la hoja de papel durante unos angustiosos segundos.

—He eliminado lo que no aportaba nada a mi relato —comentó Julián para hacer más llevadero aquel silencio.



El editor cogió un rotulador, dibujó en una pizarra blanca una gigantesca letra C y dijo:

—Esto es lo que pienso honestamente de ti. Significa «Cabrón», pero he querido eliminar las cinco letras que no aportaban nada a mi insulto.

La filosofía

Había una vez, en un país muy lejano, una preciosa niña llamada Verónica. La lindísima jovencita se pasaba los días formulándose preguntas muy profundas.

—¿Qué sentido tiene la vida? ¿Por qué estamos aquí?

Mientras sus amigas del colegio se entretenían con los juegos propios de su edad, la especial Verónica, apartada de las demás, se preguntaba:

—¿Cómo empezó todo? ¿Qué había antes de la creación? ¿Por qué hay algo en vez de nada?

Y así pasaban los días, siempre ensimismada, siempre reconcentrada.

—¿Existiría el mundo si no hubiera nadie para observarlo? —se preguntaba mientras miraba absurdamente una puerta.

Los papás de Verónica empezaron a preocuparse por el comportamiento de su especial hijita, y una lindísima tarde de verano el padre de la niña de esta forma le habló:

—Hija, ¿por qué ocupas tu día formulándote esas preguntas?

Y la niña, mirando fijamente a su padre le contestó:

—Ya que te tengo aquí, papá, a ver si puedes ayudarme con una duda que tengo. ¿La realidad es tal como la percibimos o nuestros sentidos alteran la representación de lo existente?

Desesperados, los padres de Verónica decidieron llevar a su hija a un psiquiatra infantil. Este profesional, mirando a la niña, le preguntó:

—Escúchame, pequeña, ¿por qué no juegas con las niñas de tu edad?

—Qué bien tenerlo aquí, señor psiquiatra —le dijo la niña entusiasmada—. Hay algo que siempre me he preguntado y usted es el indicado para contestarme: ¿quién manda más en nosotros, el consciente o el inconsciente?

Tras cinco visitas el psiquiatra decidió hablar con los padres de la niña. Con su fea voz les dijo:

—No puedo más. Me veo incapaz de solucionar el problema de su hijita.

Sin saber qué hacer, los progenitores de Verónica lo dejaron todo por imposible.

Pero una lluviosa tarde de invierno, mientras la niña y sus papás estaban frente a la chimenea, Verónica se puso en pie y dijo:

—Papá, ¿te puedo hacer una pregunta?

—¿Una pregunta? ¿Tú? ¡Qué raro!

(Esto, queridos niños, se llama ironía.)

»Adelante con esa pregunta, hija.

—Bien, papá. La pregunta es ésta: ¿por qué nadie contesta nunca las preguntas que formulo?

—Pues, hija mía, nadie te las contesta porque nadie sabe las respuestas.

Verónica miró fijamente a su padre. Luego, con los ojos fijos en la chimenea, dijo:

—¿Nadie sabe las respuestas? Entonces me voy a jugar con las niñas de mi edad.

Y así fue como la preciosa Verónica se convirtió de repente en una niña normal, en una persona corriente.

¿Y sabéis por qué dejó Verónica de hacerse preguntas profundas? Pues porque, en realidad, la niña no era una filósofa de verdad.

Los filósofos de verdad siguen preguntándose las cosas aunque sepan que jamás obtendrán una respuesta.

Verónica era, simplemente, una maldita pedante insufrible.

La organización

Había una vez, en un país muy lejano, una señora llamada Isabel que estaba siempre ocupada. Eso, obviamente, le provocaba un continuo estrés.

—No puedo con todo —se decía alterada—. Tanto trabajo va a terminar matándome.

Su psicólogo, un hombre honesto y convencionalmente sabio, le aconsejaba siempre lo mismo:

—Has de tranquilizarte un poco, Isabel. Eres un ser humano, no una máquina. El secreto está en organizarse.

Pero Isabel no sabía cómo hacerlo. Nunca había sido una mujer especialmente organizada y le costaba mucho dar el primer paso.

—Creo que tengo la solución —le dijo un día su psicólogo—. Organízate poco a poco. Antes de irte a dormir, por ejemplo, deja preparada la mesa para el desayuno del día siguiente. Eso provocará que, al levantarte, tengas una cosa menos que hacer y con ello conseguiremos que desaparezca ligeramente el estrés matutino.

A Isabel le pareció magnífica esta idea. Cada noche, antes de irse a la cama, colocaba sobre la mesa de la cocina un mantel, un plato, una taza, un terrón de azúcar y una cucharita para su café. Descubrió que era una excelente manera de empezar con más tranquilidad las mañanas.

—Me siento mucho mejor —se decía llena de luminoso ánimo.

Tanto bien le hizo llevar a cabo este consejo que Isabel decidió por su cuenta dar un paso más. Mirándose en el espejo, se dijo:

—No solamente dejaré cada noche puesta la mesa del desayuno. Además, dejaré puesto el desayuno mismo.

Así lo hizo durante dos días, pero al tercero quiso añadir más:

—No solamente dejaré puesto el desayuno antes de irme a dormir. Además, dejaré comido el desayuno.

Y eso hacía Isabel. Antes de irse a dormir ingería el desayuno del día siguiente para tenerlo ya desayunado por la mañana.

—Es magnífico vivir así. Mi vida es mucho más tranquila —comentaba llena de entusiasmo a todas sus amistades.

Tanto le gustó a Isabel su nuevo método que fue ampliándolo más y más. Cada noche, antes de acostarse, además de desayunar el desayuno para estar ya desayunada al día siguiente, empezó a trabajar el trabajo del día siguiente para tenerlo ya trabajado. Y también, antes de acostarse, comía la comida del día siguiente para tenerla ya comida, y cenaba la cena del día siguiente para tenerla ya cenada.



Y un buen día Isabel se dijo:

—¡Daré el último paso! ¡Antes de de irme a dormir dormiré también el sueño de mañana para tenerlo ya dormido! ¡Y soñaré las cosas de mañana para tenerlas ya soñadas!

Y así era la vida de nuestra amiga. Cada noche hacía tantas cosas para no tenerlas que hacer al día siguiente que acabó enfermando de estrés para evitar el estrés.

Los esposos

Había una vez, en un país muy lejano, un hombre y una mujer que llevaban veinte años casados. Se querían con locura y la pasión entre ellos era cada vez más intensa.

—Te amo hasta reventar, Fernando.

—Y yo hasta el infinito y más, Margarita.

Los esposos vivían tan fogosamente que ni un segundo tenían de relajo.

—Ven, pequeña, me apetece arrancarte el vestido con la boca —le suplicaba Fernando a todas horas.

—Ya tardas, mi león, destrózame la indumentaria —gritaba ella sin importarle que los vecinos pudieran escucharlo todo.

Pero un buen día pasó lo que tenía que pasar. Cansado de tanta pasión, Fernando se buscó una amante aburrida.

—Necesito mi dosis de aburrimiento —se decía el hombre para justificar su doble vida.

Cada tarde le decía a Margarita que tenía que terminar unos asuntos de trabajo, y con esa excusa se dirigía al apartamento de Rosario, una mujer apagada. Allí, Fernando se sentaba silencioso en el sofá mientras su amante planchaba unas camisas sin tener nada que decir.

Después, tras su dosis de hastío, Fernando regresaba a casa con su esposa.

—¡Margarita, ya estoy aquí! —gritaba desde el recibidor mientras se quitaba la ropa, lanzándola al aire—. Vete a la cama, que en diez segundos estoy ahí.

Dos meses después Margarita también se buscó un amante aburrido. Al igual que su esposo, necesitaba su dosis de apatía.

—Fernando, voy a dar una vuelta para despejarme —le mentía a su esposo—. Estaré aquí en un par de horas.

Y Margarita aprovechaba ese tiempo para acudir a casa de Tomás, el hombre más soso y con menos sangre en las venas que jamás haya existido sobre la superficie de nuestro mundo.

Al llegar al domicilio de su amante, Margarita fregaba unos platos tristemente mientras él se tumbaba en el sofá mirando el fútbol y eructando.

Y al llegar de nuevo a casa, claro está, decía:

—¡Fernando, maridito, tu perra ha vuelto! —voceaba desde el pasillo—. ¿Quieres hacer una excursión al interior de mi glorioso cuerpo animal?

Y gozaban de la relación carnal durante una hora larga.

Esta situación no duró mucho tiempo. Los esposos sufrían con el engaño, se sentían culpables y cada vez era más complicado cuadrar las excusas para largarse con sus amantes. Así que, una tarde, tras realizar el ayuntamiento erótico seis veces de forma placentera, decidieron sincerarse.

—Fernando —empezó Margarita todavía jadeante—, estoy cansada de tanta pasión.

Aún soy joven y tengo derecho al aburrimiento.

—A mí me pasa igual. Qué bien que lo estemos hablando. Quiero rehacer mi vida con una mujer sosísima.

Y así, sin demasiados traumas, Fernando y Margarita terminaron su convivencia marital.

La paz interior

Existió una vez, hace muchísimos años, un país en el que siempre había, sin interrupción, un terremoto de 4,5 grados en la escala de Richter.

Las personas que vivían allí no se sorprendían por ese movimiento constante de la Tierra, puesto que estaban perfectamente habituados.

Cientos de generaciones de hombres y mujeres consideraban normal que sus camas temblaran, que sus mesas se movieran y que los objetos cayeran al suelo.

La principal industria en ese movidísimo país era la fabricación y venta de jarrones, puesto que se rompían con frecuencia y había que irlos reemplazando.

—¿Me vende usted cinco jarrones para esta tarde? —preguntaban alegres los ciudadanos a sus comerciantes.

—Por supuesto que sí. Aquí los tiene. ¿Se le rompieron bien ayer los que le vendí?

—Se rompieron de fábula.

Así transcurría la vida en aquel curioso lugar, hasta que un buen día pasó algo aterrador: la Tierra dejó de temblar.

Todos se quedaron estupefactos.

—¿Qué está pasando, Dios mío? —se preguntaban asustados todos los habitantes.

La radio informó al instante del imprevisto fenómeno. Una reunión de expertos de prestigio nacional dedujo que aquello era lo que científicamente se llamaba un calmamoto.

—¿Habéis oído las noticias? Al parecer, es un calmamoto.

—¿Y eso qué es, por el amor de Dios? —preguntaban los vecinos menos enterados.

—Una sacudida de tranquilidad en la superficie de la Tierra. Ocurre muy de vez en cuando. Las placas tectónicas se detienen.

Durante el calmamoto una gran crisis económica y vital recorrió todo el país. La industria jarronera se vio obligada a cerrar, lo que provocó millones de parados y el suicidio en masa de cientos de comerciantes.

Duró cinco meses la suspensión del temblor. Después, lentamente, todo volvió a la normalidad. Un lunes del mes de mayo la escala de Richter marcaba ya 2,8 grados. Y el miércoles, por fin, los acostumbrados 4,5.

Y gracias al retorno del temblor aquel lejano país recuperó la tranquilidad.



Prólogo al epílogo

He decidido que el epílogo a este libro lo escriba Pepa Fernández, la directora y presentadora del programa *No es un día cualquiera*, de Radio Nacional de España. Me parece una decisión lógica, teniendo en cuenta que fue en su magnífico programa donde empecé a emitir, hace dos años, los cuentos que acabáis de leer. Y donde, por fortuna, todavía sigo haciéndolo.

Cada sábado, a partir de las doce del mediodía, Pepa me deja contarle un cuento a Ulises y a los miles de escuchantes que siguen el programa. Quiero agradecer a esta mujer lo amable y delicada que es con mis cosas, la atención y la bondad con la que me trata.

No hace mucho leí algo que escribió José Antonio Marina, ese excelente pensador que, por suerte para todos nosotros, colabora también en el programa. Dijo que el mayor logro de la inteligencia humana no es la ciencia, ni la literatura, ni la pintura, ni la tecnología. Nada de eso. Aseguró que el mayor logro de la inteligencia es la bondad. Así de simple y revolucionario: la bondad.

Tal vez por ello Pepa Fernández y el programa representan para mí el mayor logro de la inteligencia, porque son, en el mejor sentido posible, un ejemplo de la bondad.

No quiero olvidar a todo el equipo del programa, los que salen en antena y los que trabajan en la redacción, ni tampoco a Benigno Moreno, director de Radio Nacional de España, el único director que he conocido en toda mi vida con el que se puede hablar por teléfono siempre que uno lo necesita. Debe ser porque al hombre le gusta este oficio y porque además lo hace bien. Y él sabe por qué lo digo.

Y para terminar (esto empieza a parecer el meloso y tonto discurso de agradecimiento de un premio) quisiera pedirle perdón a Pepa, porque ella ignoraba que fuera yo a escribir algo tan raro como un prólogo a su epílogo. Pero se lo merece, y lo merecen también los escuchantes, a quienes dedico la selección de cuentos en audio que acompaña este libro.

Un beso a todos, y hasta el sábado que viene.

Epílogo
Juan Carlos y Ulises
(por Pepa Fernández)

Ulises es un niño guapísimo, pero sobre todo un niño muy afortunado. Su papá, Juan Carlos Ortega, pensó que sería bonito regalarle a su hijo una colección de cuentos raros. Y digo raros porque, a pesar de vestirse con un envoltorio clásico, no siguen ningún esquema conocido, ninguna estructura convencional. Son cuentos donde los buenos pueden resultar malos, y donde los malos hasta caen bien. Unos cuentos cuya moraleja desconcierta incluso a su narrador, que no dejan indiferente, porque siempre te hacen pensar. Cuentos con sorpresa.

Y, al mismo tiempo, cuentos con la estructura clásica de aquellos que tantas veces se escucharon en la radio, decenios atrás. «Había una vez»..., «en un país muy lejano»... Y que revitalizan ese lenguaje también imaginario donde los pronombres tienden a situarse detrás de los verbos con inusual insistencia: «Decíale», «esperábase», «mencionole», «proporciónale» o «colocolo». Y, por supuesto, acompañados con la música de violín que los introducía y creaba de inmediato la primera intriga. (No sé, quizá aquellos cuentos que yo escuché en la radio —y también en discos, porque se vendían después— no tenían música de violín; pero encaja aquí como anillo al dedo. ¿O tal vez sí la tenían? Los textos de Juan Carlos son tan genuinos como aquéllos, y todo cuanto muestran parece igualmente real).

Cuando Juan Carlos me propuso contarlos a través de la radio le respondí que sí, que fantástico. Pero en ese momento no sabía nada sobre ellos. Le contesté que sí porque a Juan Carlos jamás le he dicho que no. ¿Quién le dice que no a un genio?

Los escuchantes del programa *No es un día cualquiera* de Radio Nacional de España se han enamorado de esas narraciones mágicas sobre problemas reales (la incomunicación, la discriminación, la soledad), y nos han pedido reiteradamente que las recopiláramos en un libro. Aquí está.

Juan Carlos ha conseguido unos textos —y unos ambientes— que pueden proporcionarnos dos lecturas. Los niños que hoy escuchen o lean estos cuentos recrearán en ellos unos personajes y unas situaciones fantásticas, disfrutarán en sus páginas con la ilusión de su edad. Y años más tarde, si tienen quizá la oportunidad de revisitarlos como adultos, encontrarán en ellos un mensaje más sólido, oculto entre las líneas que antes leyeron con inocencia infantil. Y las moralejas no les parecerán inútiles, sino revolucionarias.

No es fácil dar con esos dos registros a la vez, conseguir ese mismo efecto de aquellos papelitos fantásticos que cuyos dibujos se alteraban en función de la perspectiva con que mirásemos el relieve.

Sólo me asalta una incógnita. ¿Cuántos cuentos quedan todavía en la cabeza de Juan Carlos?

Tal vez tantos como Ulises le pueda pedir.

PEPA FERNÁNDEZ

Directora y presentadora del programa
No es un día cualquiera
(Radio Nacional de España)

Sobre el autor

Juan Carlos Ortega, escritor, humorista y presentador de radio y televisión.

Es autor de los libros *Buenos días, Sócrates* y *Morirse es una mierda,* publicados ambos por Aguilar. Ha colaborado en programas de Telecinco, Antena 3, Cuatro (donde dirigió y presentó *La noche americana*), y Canal Plus (dirigió y presentó el programa de humor *Las buenas gentes de España*). En la actualidad presenta el programa cultural *La mitad invisible* en La 2 de TVE, y en radio es colaborador en la Cadena SER, en *La ventana*, con Gemma Nierga, y en Radio Nacional de España, en los programas *La noche en vela*, de Pilar Tabares, y *No es un día cualquiera*, de Pepa Fernández. En este último emite cada sábado su sección «Cuentos Para Ulises», dedicada a su hijo.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-03-13188-0
Diseño de cubierta ebook: Opal/Works
Ilustraciones de cubierta y de interiores: Mireya de Sagarra
Conversión ebook: Víctor Igual, S. L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Table of Contents